

Ilustración Artística

Año XX

BARCELONA 29 DE ABRIL DE 1901

Núm. 1.009

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Reproducción autorizada

CAPÍTULO INTERESANTE, cuadro de Román Ribera. (Salón Robira.)

ADVERTENCIA

En el presente número comenzamos a publicar la interesante novela del ilustre escritor Pablo Bourget, que tanto éxito acaba de obtener en Francia. El deseo de no demorar la publicación de esta obra a fin de que nuestros lectores puedan leerla casi al mismo tiempo que el público francés, nos ha obligado a insertarla sin ilustraciones.

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea. Sorolla. La reina Natalia. Los hambrientos*, por Emilia Pardo Bazán. - *Otón Greiner*, por J. V. - *Ambiciones*, por José Echegaray. - *Páginas gaditanas. «El frito»*, por Carlos Bonet. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Problema de ajedrez.* - *El fantasma*, novela escrita en francés por Pablo Bourget. - *Las criptas cruciformes de las inmediaciones de Milla (Méjico)*, por M. de Nadaillac. - Libros recibidos.

Grabados. - *Capítulo interesante*, cuadro de Román Ribera. - *Otón Greiner.* - Tres dibujos de Otón Greiner. - *Ambiciones*, dibujo de Huertas que ilustra el artículo de D. José Echegaray. - *Páginas gaditanas. «El frito»*, dibujo de F. Mota que ilustra el artículo de D. Carlos Bonet. - *Hospital recientemente inaugurado en Halifax (Inglaterra).* - *Una jira*, cuadro de Ramiro Lorenzale. - *Meditación*, cuadro de M. Oliver. - El eminente pianista Raúl Pugno. - *Diploma del ayuntamiento de Málaga a favor del Excmo. Sr. marqués de Larros y de D. Enrique Crocke*, obra de Carlos de Zárate. - *La fauna y el pato*, escultura de Rodolfo Maison. - El eminente novelista francés Pablo Bourget, autor de la novela *El fantasma*, cuya publicación comienza en este número. - Figs. 1, 2 y 3. Cripta cruciforme de Guirao; mosaico que forma el revestimiento de todas las paredes de la cripta subterránea, y vista de la entrada. - *Crepúsculo*, cuadro de Modesto Urgell.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SOROLLA. - LA REINA NATALIA. - LOS HAMBRIENTOS

No me equivocaba al suponer que, anticipando la visita al taller de Sorolla, había visto lo mejor de la futura Exposición de Bellas Artes. No por eso me consuelo de quedarme con la curiosidad respecto a muchos expositores jóvenes que acaso encierren en sus lienzos la promesa y la esperanza del porvenir. De todas maneras, Sorolla es el pez gordo; y ahora en Madrid, como en París el año pasado, sus obras son el documento firme que España puede presentar en abono de sus pretensiones artísticas, únicas a que todavía no ha renunciado completamente.

En el envío de Sorolla hay de todo - paisaje, composición, - pero domina el retrato. No era el retrato, años hace, el triunfo de Sorolla. Hoy se muestra tan fuerte en eso como en lo demás. El retrato es un género que se impone al artista cuando el artista llega a tan alta notoriedad y reconocida maestría como Sorolla ha llegado. Aunque no quisiese, Sorolla se vería obligado, por mil circunstancias, a *ahondar* en el retrato y a poner en él toda la intensidad y el vigor de su gran talento.

Aunque el retrato es, en mi opinión, lo más interesante y lo más verdadero de cuanto se puede pintar; aunque por ciertos retratos del Museo doy todos los cuadros de composición imaginables, y una propina encima, me explico las predilecciones de Sorolla. Sorolla, a mi parecer (no diré que este juicio sea irrevocable, pues aún debo estudiar mejor el asunto), es un artista que ha logrado apoderarse del secreto de la pincelada y dominar los efectos de luz: pinta tan magistralmente como rápidamente: sabe lo que ha de hacer, y lo hace muy pronto, sin tanteos ni arrepentimientos. Fogoso en la factura, prefiere, al retrato que le sujeta y cohibe, la libertad del paisaje ó de la figura *que casi forma un todo con el paisaje*: el marinero, la pescadora, el bañista, el carretero, la aldeana, modelos impersonales, aunque marcados con ese sello de realidad y de energía que Sorolla imprime a cuanto reproduce. El retrato - el buen retrato - es lo individual, es el lirismo, la concentración del mundo en una persona, lo *único* de Max Stirner; y para llegar a manifestarlo así, por medio del pincel, se requiere una sumisión y una paciencia que Sorolla va adquiriendo - siempre *fremente*, siempre, allá por dentro, revolucionario y ansioso de pintar, al aire libre, lo que le dé la gana - un toque de sol sobre una peña, que la transforma en oro.

Descollar, como Goya, en el capricho original y en la traducción de almas y fisonomías que es el re-

trato, esto lo conseguirá Sorolla, en virtud de sus facultades excepcionales, pero es la verdadera labor ardua. El retrato, y sobre todo el de señora, se le ha resistido mucho. Su brocha cargada de colores, hecha a tender sobre la tela el brochazo genial, se contenía y se empobrecía. Algunos retratos de la primera época de Sorolla parecen pintados al temple: son pálidos y secos.

Inmenso adelanto noto por este concepto en Sorolla. No en vano pasa el tiempo, ni en vano se visita la Exposición de París, en cuya Centenal y Decenal el retrato brilló a tal altura, y en donde Carolus Duran, Bonnat, Constant, Chartran, Lehnbach y tantos otros, alemanes, ingleses, suecos, noruegos, que harían interminable la lista, nos encantaron con retratos a veces sencillísimos. Sorolla, entre otros méritos, tiene el de pensar, leer, estudiar y reflexionar acerca de su arte. No es Sorolla una máquina que pinta; sus ojos y sus dedos están servidos por un cerebro, cada día más culto, más serio, más capaz de regir las naturales y altas facultades del pintor. Por eso creo que hará de sí lo que se proponga, y ya ha logrado hacerse retratista.

Uno de los mejores retratos que envía a la Exposición es el de mi amiga María Teresa Beruete: de extraordinario parecido, sorprendida la expresión placida y bondadosa del rostro, armonizada la *toilette* y pintados con maestría suma los negros encajes de Chantilly y la blanca seda del viso. Otro retrato de *lujo*, decorativo, que con el tiempo será de galería de antepasados: el de la duquesa de Villahermosa, condesa de Guaqui. El ropaje es un bello alarde de factura. El retrato de la esposa del pintor, sencillamente vestida de gris, contrasta con los esplendores del atavío de la duquesa. El de D. Raimundo Villaverde, de una gran semejanza y sólidamente pintado, es el clásico retrato de salón de actos, Parainfo ó Congreso: la levita cerrada, la actitud solemne, la mesa con tapete rojo, y sobre la mesa la presidencial campanilla. Por bien hechos que estén, no suelen entusiasmarme retratos así. En cambio atrae mis miradas el grupo de la familia del pintor. He oído que lo comparan a las Meninas, y es indudable que hay en él algo de velazquismo, pero ¡tan vaciado en el molde de Sorolla! En la composición se observará quizás la influencia del célebre lienzo; en la factura está Sorolla sin mezcla, y Sorolla *del mejor*, como dicen nuestros vecinos. Una niña, en primer término, es un prodigio de verdad.

No sé si incluir entre los retratos el caprichoso y original estudio que representa a la esposa del pintor, recién parida, en la cama, contemplando a su nene. Por la semejanza podría ser retrato; pero allí no hay esa sujeción a que antes me refería, la tiránica imposición del *individuo*: allí Sorolla ha dado gusto a la pupila y al pincel. Un *scherzo* inspirado, sobre motivos de un candor primaveral, como el que en este momento me entra por la ventana en la florescencia de los frutales todos cubiertos de fina nieve. El estudio de la parida, la blanca uniforme sin monotonía, sin más que la nota morena de la madre y la nota rosa del niño, solamente Sorolla era capaz aquí de emprenderlo y ejecutarlo. A mí ese cuadro me interesa infinito. No será lo mejor que Sorolla envía a la Exposición; pero es de seguro lo más extraño, nuevo y como suyo.

Envía además el pintor valenciano el conocido y comentado cuadro *Triste herencia*, escenas de la colección de la pasa, marinas, paisajes, sus favoritos paisajes inundados de sol y cocidos por una luz casi metálica. Remesa suficiente para mostrar la escala completa de sus aptitudes y para que un extranjero venido a la Exposición pueda apreciar sin error el temperamento de este artista poderoso y espontáneo, el más espontáneo y poderoso que hemos producido de Fortuny acá. Lo que me agradó comprobar en la visita al taller de Sorolla, es el indudable... ¿diré *adelanto*?, no: la palabra no expresa bien mi pensamiento. Desarrollo, desenvolvimiento, afirmación de las cualidades genuinas. San Pablo recomendaba a los cristianos que abundasen en su propio sentido. El consejo, en arte, tiene su aplicación; sin embargo, no a todos viene bien: abundar en su propio sentido, para muchos es amanerarse, y sólo para algunos es expresar lo que se lleva dentro, el mundo que cabe en la visión de un artista dotado por la naturaleza como Sorolla.

Tenemos entre nosotros - es decir, en Madrid - a la reina Natalia de Servia. Es una reina modesta, humana, que se viene a hacer visita de pésame a unos amigos, simples particulares, los marqueses de Castrillo; que avisa por medio de una parte, el cual naturalmente se retrasa; que no encontrando a nadie en la estación, se va al hotel, lo mismo que los demás mortales en caso análogo..., en suma, una *persona natural*, sin misterio, acaso sin etiquetas ni ceremonias; y digo *acaso*, porque nunca he tenido el honor de hablar a la viuda de Milano.

Ha tenido esta señora una triste y dura escuela: la degradación. No desciende de cien reyes: es hija de un coronel, y su esposo, Milano Obrenovitch, que se casó con ella atraído por su belleza y discreción, la hizo pagar muy caro este honor con infidelidades escandalosas y disensiones y reyertas continuas. El hijo, que suele ser la compensación de esta clase de desencantos en la vida de la mujer, y que al pronto parecía llamado a llenar las aspiraciones de la más cariñosa madre, tampoco parece que las haya llenado. Lejos de la patria, ó al menos del país del cual se llamó reina; lejos del hijo, hoy unido a la famosa Draga; retirada en invierno a Biarritz, ese rincón elegante donde se refugian las grandes señoras decadentes, Natalia debe de pensar muchas veces que es el suyo un destino malogrado. ¡Hay tantos así! ¡Más desventurada todavía la que fué un tiempo emperatriz de los franceses y hoy pasea por las orillas del Mediterráneo y entre las brumas de Inglaterra la honda melancolía, la nostalgia incurable de sus recuerdos!

Servia, un tiempo sometida a Turquía, lo está hoy a Rusia, mediante la sumisión de la dinastía Obrenovitch. Algunos héroes habían luchado para hacerla libre, y los nombres de Czerny y de Miloch brillan en lo que pudiéramos llamar el *romancero* servio. Desde la gloriosa epopeya de la independencia, a principios del siglo pasado, luchan en Servia disputándose la corona dos dinastías: la de Obrenovitch, hoy reinante, y la de Karageorgevitch. Así distancia, no conociendo muy a fondo los asuntos servios, confieso que me es más simpática esta última, proscriba y destronada desde hace más de cuarenta años. Quizás la veo al través de la simpática personalidad de mi amigo el príncipe Bojidar Karageorgevitch, literato y artista hasta la médula, y muy apasionado de España. También podrá ser que influya en mí la mala y justa fama de Milano, que sobre reproducir exactamente, pero en basto y en feo, la figura de aquel rey de Iliria descrito por Alfonso Daudet, que empeñaba la corona para regalar a las mozas de París, se mostró después cruelísimo tirano, ejecutando en Belgrado crueldades sin número, y estableciendo una especie de terror absolutista digno de Fernando VII. A bien que ya ha ido a reunirse con sus abuelos, y no hará más diabluras. Milano Obrenovitch tuvo de lista civil medio millón de francos - cien mil duros - que no llegaban a medio diente. Para procurarse dinero se agitó siempre, alterando la tranquilidad en Servia hasta los últimos años de su vida.

Una explosión de caridad se ha producido estos días en Madrid ante el cuadro del hambre, descubierto en una buhardilla del barrio de las Peñuelas. Con este motivo vuelve a agitarse el nunca resuelto problema de la beneficencia oportunamente ejercida. ¿Se socorre en efecto a los verdaderos necesitados? ¿Se distribuye bien, se sabe emplear con acierto lo mucho que se recoge para emplearlo en obras de caridad? ¿En qué se distingue al pobre efectivo, que no tiene que llevar a la boca, del falso pobre que oculta entre sus andrajos billetes de Banco y doblas de oro?

Dad a todos sin desconfianza y sin tasa - dice la caridad mística. - No deis a nadie al menudeo - responde la beneficencia experimental. - Educad, proporcionad trabajo, fundad asilos, no de mendigos, sino de *retirados* de la labor útil, de inválidos que ostentan con orgullo las cicatrices de una vida laboriosa; suprimid el limosneo en la calle, el ochavito y el centimito, y suprimiréis la mendicidad pediguña, astrosa y lucrativa como un oficio... Todos tienen su parte de razón, su fundamento científico ó sentimental..., pero el caso es que de pronto se corre una cortina, y aparecen cuatro seres, cuatro semejantes nuestros, agonizando de hambre.

EMILIA PARDO BAZÁN.

OTÓN GREINER



A pesar de su juventud, Otón Greiner, el celebrado artista alemán, goza de universal renombre como dibujante y como litógrafo, y sus obras son consideradas por los amantes de las artes gráficas, no como



OTÓN GREINER

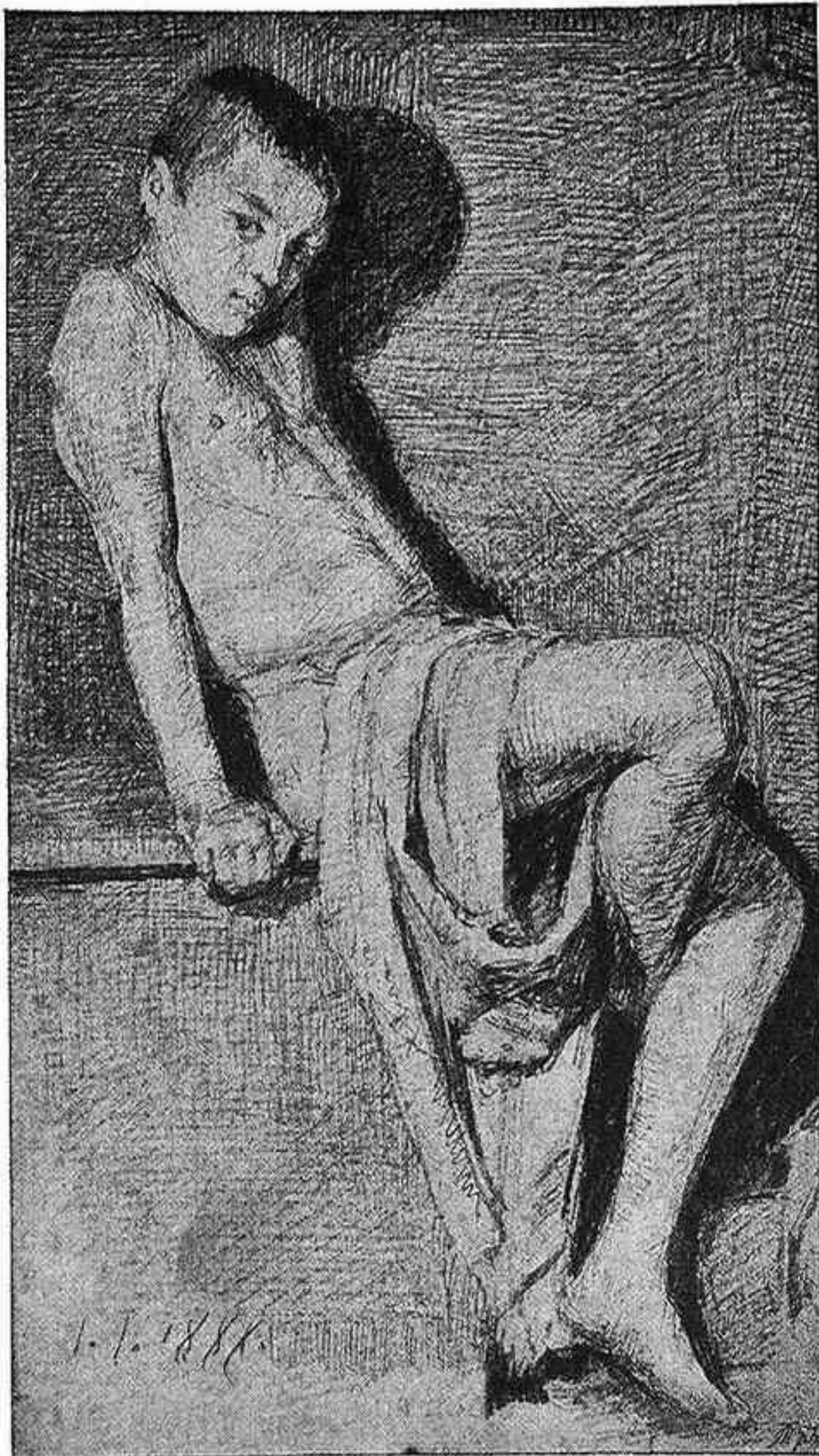
obras de éxito pasajero, sino como dignas de fama perdurable. Desgraciadamente un artista como este tropieza con grandes dificultades para conseguir la popularidad; así el que quiera estudiar á Greiner no puede hacerlo en los museos públicos ni en las grandes exposiciones, sino que ha de acudir á los verdaderos *amateurs*, á los gabinetes de grabados, á las colecciones de hojas artísticas que guardan como oro en paño sus litografías y sus dibujos.

Otón Greiner nació en 16 de diciembre de 1869 en Leipzig, en donde pasó los primeros años de su juventud, que transcurrieron para él con muy pocas alegrías y sin esos días felices cuyo recuerdo acompaña al hombre durante toda su existencia. Desde su infancia conoció las privaciones y los cuidados, y de su madre recibió las primeras lecciones y los primeros estímulos que le hicieron abrazar más adelante la carrera artística. Pero su madre murió pronto; y habiendo tenido que ausentarse su padre de Leipzig, quedó el niño confiado á unos parientes. Greiner hubo de sostener desde entonces esa ruda lucha por la existencia que forma los primeros capítulos de la biografía de tantos artistas; pero así como en muchos de éstos las penalidades de la adolescencia imprimen un sello indeleble en su carácter y en sus obras, en Greiner no pudieron destruir la serenidad de su modo de ser; es más, él, que tan humildemente había vivido, supo crearse desde su infancia un mundo de ideas presidido por una fantasía exuberante, sana y hasta alegre.

Siguiendo sus inclinaciones, entró en la importante litografía Klinkhard, de Leipzig, en donde trabajó desde 1884 á 1888, aprovechando los días de fiesta para recorrer el campo y hacer estudios de paisaje, que constituían su distracción favorita. Pero llegó un momento en que el arte cultivado industrialmente no satisfacía las aspiraciones de Greiner; entonces tuvo la suerte de que el profesor muniquense Alejandro Liezenmayer, reconociendo sus aptitudes como dibujante, le ofreciera una plaza en su escuela, y merced á la protección que le dispensara el propietario de la revista ilustrada *Gartenlaube*, pudo trasladarse á la capital de Baviera. Más de tres años estuvo en Munich estudiando en la clase y al aire libre, animado de

verdadero entusiasmo, aunque lleno también de dudas acerca de sus condiciones artísticas, para salir de las cuales acudió al consejo de Adolfo Mézel. Este gran artista le aconsejó que prosiguiera en el camino emprendido y que estudiara profundamente la naturaleza y el mundo que le rodeaba.

Poco tiempo después pasó á Italia, y en Roma trabó íntima amistad con su paisano el famoso pintor, grabador y escultor Max Klinger, que entonces se encontraba en el apogeo de su carrera y que fué para él un excelente guía, sin que esto quiera decir



Dibujo de Otón Greiner que figura en el Museo Municipal de Leipzig

que fuera su discípulo ni que concibiera el arte como él; pues así como Klinger se muestra en sus obras gran pensador y filósofo profundo, Greiner revela en las suyas un temperamento alegre, espontáneo, fresco.

A su regreso á Leipzig encontróse falto de recursos, y apenas si algunos encargos editoriales le permitían ganar lo indispensable para su subsistencia, hasta el punto de que para ahorrarse el dinero de los modelos, servíase de modelo á sí mismo valiéndose de un pequeño espejo. Cumplido su año de voluntariado en Munich, siguió trabajando en aquella capital como dibujante y como litógrafo, hasta que hace dos años se trasladó nuevamente á Roma, atraído no tanto por las bellezas de aquel suelo y por el arte clásico cuanto por su deseo de estudiar el cuerpo humano allí donde por las condiciones del clima puede éste ostentarse más libre, más armónico y más elegante en sus movimientos.

Greiner debe principalmente su fama á sus litografías artísticas. En Alemania es uno de los primeros, si no el primero, que después de un largo

interregno ha vuelto por los fueros del arte litográfico, elevándolo de nuevo á la categoría de arte de igual condición é importancia que los demás. Klinger fué el único que le aconsejó que persistiera firmemente en estos propósitos; sus demás amigos y consejeros, incluso Mézel, quisieron disuadirle de ellos, opinando que la litografía, ese procedimiento que ellos estimaban desacreditado, no había de proporcionarle ocasiones para grandes triunfos. La realidad ha demostrado cuán equivocados estaban los que tal predicción le hacían.

Greiner ha sabido, no sólo dar nueva vida al arte litográfico, sino crearse en él una personalidad que ha abierto á la litografía un brillante porvenir. Como dibujante es sin duda alguna el más importante entre los litógrafos modernos, y se ha formado una técnica especial, distinta de la adoptada por sus colegas, merced á la cual algunas de sus obras producen la impresión de verdaderos grabados. Su procedimiento, en extremo sencillo, le ofrece dos ventajas: primera, la de poder reproducir exacta y directamente sus dibujos; y segunda, la de poder apreciar mientras los traslada á la piedra todo el efecto que producirán al ser impresos. El número de trabajos litográficos por él realizados, aparte de algunos de menor importancia, elévase hasta ahora á cincuenta, en los cuales ha tratado con igual maestría el retrato, los asuntos mitológicos y fantásticos y las escenas



Dibujo litográfico de Otón Greiner

de la vida moderna. Si se tiene en cuenta que muchas de estas litografías son de gran tamaño y que estos dibujos, no sólo están minuciosamente ejecutados permitiendo apreciar los menores detalles, sino que además han sido preparados con prolijos estudios cuidadosamente hechos del natural, preciso es confesar que la obra hasta ahora por él llevada á cabo representa una labor considerable, posible únicamente merced á una laboriosidad extraordinaria.

Su inspiración la encuentra directamente en la naturaleza, eternamente rica y eternamente nueva; de aquí que su arte nada tenga de convencional ni de amanerado.

Y si algunas de sus figuras no responden al tipo de belleza ideal que para ciertos espíritus constituye el *summum* del arte, débese á que Greiner se preocupa tanto de la forma cuanto del fondo, tanto de la línea cuanto de la expresión, gracias á lo cual consigue que sus obras respondan á la realidad y produzcan la impresión que causan todas las de los grandes maestros. — J. V.



MARIANNE BROCKHAUS

EX LIBRIS, dibujo litográfico de Otón Greiner



AMBICIONES

D. Miguel Aspiroz era todavía joven: veintiocho años había cumplido pocos meses antes de aquel día en que empieza nuestro relato.

Era bien parecido, y a los ojos de su novia Pilar era guapísimo.

No le faltaba instrucción, que había seguido con aprovechamiento la carrera de letras.

No se sabe si tenía talento, aunque él estaba convencido de que debía tenerlo; y para Pilar, Miguel era todo un genio. Si ya no le habían levantado una estatua era porque no se había muerto; pero la chica no dudaba que andando el tiempo, en el centro de la plaza de su pueblo y sobre rico pedestal, admirarían sus paisanos un Miguel de *pie*dra ó de *bron*ce, que es la mayor dicha á que puede aspirar una persona de *carne y hueso*.

Miguel era huérfano de padre y madre, en razón á que ambos habían pasado á mejor vida, sin que esto quiera decir que fuera mala la que habían pasado en este mundo terráqueo.

Realmente habían sido felices: sanos, ricos, respetados en su pueblo, contentos con su suerte, con la conciencia tranquila, buen apetito y buen estómago, que son dos términos complementarios de la humana felicidad. Y para que nada les faltase, habían tenido por hijo único á Miguel.

En cambio, Miguelito, aunque también tenía buena salud, buen estómago y buen apetito, una renta de doce mil duros anuales heredados honradamente y una novia monísima, muy buena y muy inocente y paisana suya (como que era del mismo pueblo), Miguel, repetimos, con todo esto no era feliz.

Si no el cuerpo, el alma sufría horrible enfermedad.

Miguel era ambicioso. Deseaba hacer algo muy grande. Deseaba renombre y gloria. Por cacofonías del destino, sin duda, aspiraba Aspiroz á la inmortalidad.

Así como suena con estatua, coronas y unas cuantas páginas muy majas en la Historia.

No: él no se contentaba con la gloria y la dicha de poseer á Pilar, aunque la quería muy de veras. Ni se contentaba con casarse con ella y vegetar tranquilo en su pueblo, como habían vegetado sus padres.

Sí: él quería mucho á Pilar; pero quería otro pilar para su gloriosa estatua; y á ser posible, para una estatua ecuestre. Porque está demostrado que un caballo es buen compañero en la gloria y en la inmortalidad.

¿Cómo había llegado á ser ambicioso Miguel? ¿De dónde había venido el maldito microbio de aquella maldita enfermedad, que le torturaba el corazón, que le inflamaba el cerebro y que le desataba los nervios?

La infección se la trajeron á su pueblo los periódicos, y diariamente se renovaba.

¡El mundo era tan grande, había tantos personajes célebres, leía tantas hazañas y tantas glorias, llegaban á él tantos aplausos!

De todo *el mundo* se habla en *el mundo* — pensaba él — menos de Miguel Aspiroz. Y esto no podía tolerarlo más tiempo.

Conque un día, ó por mejor decir, una noche, le dijo á Pilar que estaba resuelto á venir á Madrid.

La chica se acongojó; pero él le dió por la centésima vez palabra de caballero de que antes de un año volvería para casarse con ella, y que si difería la boda por unos cuantos meses, era porque la quería demasiado para consentir que tanta hermosura y dotes tan preciosas viniéran á poder de un ser vulgarísimo, como él era por aquel entonces.

No: Pilar debía casarse con un hombre famoso; y por eso, precisamente por eso, quería él ser famoso. Para tener coronas y laureles que arrojar á los pies de Pilarcita.

Y aunque Pilarcita juró y perjuró que más á gusto pisaría una buena alfombra y aun el césped de su jardín que no toda aquella hojarasca gloriosa, con tal de ir cogida del brazo de Miguelito, él fué inflexible; y á la mañana siguiente, después de abrazar y besar á su novia, salió á caballo, muy conmovido, pero muy afanoso, de su pueblo natal, para tomar en la estación próxima el tren de Madrid.

¡Era una estatua ecuestre que de su Pilar se desprendía para lanzarse por el mundo de las ambiciones!

Y llegó á Madrid; y en un año lo intentó todo, porque para todo tenía base el muchacho. ¡Aunque no sabemos si la base era lo bastante sólida para mantener apoteosis de piedra ó de bronce!

Todo lo intentó, repetimos: trabajó mucho: se asomó al arte, á la literatura, á la ciencia, á la polí-

tica; daba unos cuantos pasos en cualquier campo de la actividad humana; se cansaba, retrocedía, tomaba otra senda, y por ningún camino veía fácil llegar á la gloria en breve plazo.

Ya sabía él que un año era muy poco tiempo y que el templo de la fama está muy lejos; pero al menos verlo, vislumbrarlo, saber que caminando en tal ó cual dirección había de dar con él. En cuanto estuviera seguro del camino, él volvería á su pueblo, se casaría con Pilar y le diría á la pobrecilla: «Ven conmigo, que ya encontré el camino de la gloria, y ahora podemos ir juntos.»

¡Pero ni aun eso!

Caminos y sendas había recorrido muchos; pero allá en las lejanías del horizonte nada había vislumbrado más que breñales ásperos, pantanos con mucho cieno ó nubarrones de formas grotescas y monstruosas que fingían mascaradas burlonas de seres fantásticos.

El año había concluido. Las cartas de Pilar eran cada vez más apremiantes, más tristes, más desconsoladas. Y en muchas de ellas el papel venía manchado á redondeles arrugados, que debieron ser lágrimas.

Y Miguel luchaba. Por una parte la ambición, el amor propio herido, nuevas ilusiones y nuevas esperanzas. Por otra parte el recuerdo de Pilar, el empeño de su palabra, las tristezas de la chica, los lagrimones de las cartas.

El año había concluido, y Pilar exigía una contestación inmediata. Mejor dicho, el cumplimiento de la palabra que entre besos y abrazos de despedida había recogido de su novio y guardaba en el rincón más jugoso y más caliente del corazón.

Era de noche, noche de invierno, fría y lluviosa; y Miguel estaba en su despacho, un despacho elegantísimo, lleno de objetos artísticos y de estantes repletos de libros escogidos. Porque Miguel no des-cuidaba los accesorios en la comedia de su vida.

Pero el destino — como había él pensado muchas veces — tiene caprichos crueles. En un cuartocho miserable, desmantelado y ruin, de paredes sucias, de ladrillos rotos, sin chimenea ni estufa, de mezquina ventana, entre el frío y la atmósfera impura, sin más luz que un candil, sin un busto de bronce, ni aun de yeso, de algún hombre famoso, sin un mal libro, sin un mal cuadro, brota un pensamiento en el cerebro de un quidam y le da de golpe y porrazo la inmortalidad. Y en un gabinete elegante, artístico, confortable, con una alegre chimenea y unas cuantas lámparas eléctricas, con todos los refinamientos de la civilización, acariciando con sus efluvios la noble frente de Miguel, la trastienda de aquella frente inspirada permanecía á obscuras y deshabitada de todo pensamiento grande. ¡Y esto lo pensaba y lo sentía con honda desesperación aquel desdichado aspirante á inmortalidades humanas!

Y después de estar luchando unas cuantas horas, se sentó á la mesa de su despacho y le escribió á la chica una carta muy tierna, muy apasionada, pero en que al fin le pedía otro año más de plazo.

Y Miguel también lloró sobre la carta. Pero su ambición era implacable.

La dejó sobre la mesa después de firmarla, y rendido, angustiado, echó fuego á la chimenea y se tendió sobre una butaca de frente al fuego.

La naturaleza recobró su imperio y Miguel se quedó dormido.

La agitación de sus nervios, las luchas de su espíritu y los fantasmas de su cerebro forjaron un sueño estrambótico.

Soñó que seguía mirando el fuego de la chimenea; aquellas ascuas rojizas, aquellas llamaradas repentinas, y al lado de la chimenea la coquera llena de pedazos de carbón.

Y uno de aquellos pedazos de carbón, encarándose con él, le contaba su historia.

Sus padres habían sido unos troncos muy verdes y muy jugosos y muy robustos que habían vivido al sol y al aire en edades antiguas.

Y al cabo de muchos siglos se habían hundido bajo tierra para descansar y se habían convertido en carbón; pues aquel negro pedazo que le estaba contando su historia á Miguel, con voz una vez opaca y otras veces con agudos chisporroteos de cólera mal contenida, era el descendiente, como si dijéramos, de aquellos labriegos prehistóricos del bosque primitivo.

Y el negro trozo de coque contaba sus aburrimientos bajo tierra en el inmóvil lecho del filón.

Él, lo mismo que Miguel, odiaba la obscuridad, el descanso estúpido, las noches eternas, sin dolores — es cierto, — pero sin sacudidas de placer. La monotonía de un rosario sin fin de negruras.

Aquel pedazo de carbón era, como Miguel, ambicioso: quería brillar, quería lucir; anhelaba espacios

anchos, torrentes de luz, estrépitos humanos, glorias y triunfos.

Y él sabía que en su seno negruzco se depositaban grandes energías. Pues ¿por qué no emplearlas, por qué no convertirlas en fuego, en luz, en colores?

En suma: que el pedazo de carbón era ambicioso, como era ambicioso Miguel.

Y el carbón le abrió por entero su pecho, que á decir verdad era negro como el azabache.

Allá en el fondo de las negras capas había caído, por capricho de la suerte, una piedrecilla muy mona, muy redonda, muy pulida, que durante siglos se había estado estrechando contra el negro trozo de coque como en bodas perpetuas de la región subterránea.

Y siguiendo en aquel sueño estrambótico su estrambótica historia el pedazo de carbón de la coquera, vino á decir que al fin y al cabo iban á cesar sus amarguras y veía próximo el logro de sus esperanzas, porque la rojiza chimenea con su fuego y su luz le estaba esperando.

Y para que nada faltase á su felicidad, allá á su lado tenía la redonda piedrecilla que fué su perpetua desposada durante tantos siglos.

Allí, allí estaba la luz, la llama, la atracción de la gloria — decía el pedazo de carbón, como si dijéramos el pedazo de bestia, empinándose como podía para fijar los reflejos de su lustrosa superficie en el ardiente foco.

Conque en esto, soñó Miguel, ó acaso no lo soñó, que entró el criado, que brutalmente metió la paleta en la coquera y que arrojó en el fuego unos cuantos trozos de coque. Después, aquel símbolo del estúpido destino volvió la espalda á la chimenea y se fué.

El pedazo de carbón no se encontró tan á gusto como había pensado en el seno de la gloria.

Antes bien, empezó á gritar que se quemaba.

Chisporroteó con chasquidos de dolor, porque como no era carbón puro, sino que estaba mezclado con tierra, le costaba mucho quemarse.

Y largo rato estuvo bregando entre las demás ascuas. Aquellas sí que eran ascuas de veras. El era carbón de mala clase. Pero tanto le atormentaron, tanto le tostaron las entrañas, tanto le derrumbaron en abismos de fuego al ir bajando hacia la rejilla, que al fin y al cabo, aunque de mala manera, él también llegó á ser ascua.

Un ascua ruin, empañada, sucia, terrosa, y tuvo aureola de luz y lanzó algunos rayos que se esparcieron por el gabinete sin fuerza para ir muy lejos; que retozaron, queriendo iluminar, sin conseguirlo, el busto de bronce de no se sabe qué hombre ilustre; que destacaron dos ó tres puntos de luz en el cuadro de no se sabe qué pintor famoso; que se amortiguaron en un cortinaje; que se arrastraron por el suelo lamiendo las patas de madera de una butaca, y que fueron á extinguirse groseramente entre colillas en una escupidera.

Y al cabo de un rato ya no fué ascua. Fué ceniza sucia que por entre la rejilla cayó en el cenicero.

«¡Ay, Miguel! — dijo al caer: — en esto paran mis glorias. Cuida de mi pobre piedrecilla pulida.»

Miguel despertó. Rompió la carta y escribió esta otra:

«Pilarcita de mi vida: no llores más. Mi gloria eres tú. Saldré mañana. Baja á la estación á esperarme.»

Y luego se acercó á la coquera á ver si había alguna piedrecilla pulida; pero no había ninguna. Si la hubo se había calcinado en el fuego y también era ceniza.

JOSÉ ECHEGARAY.

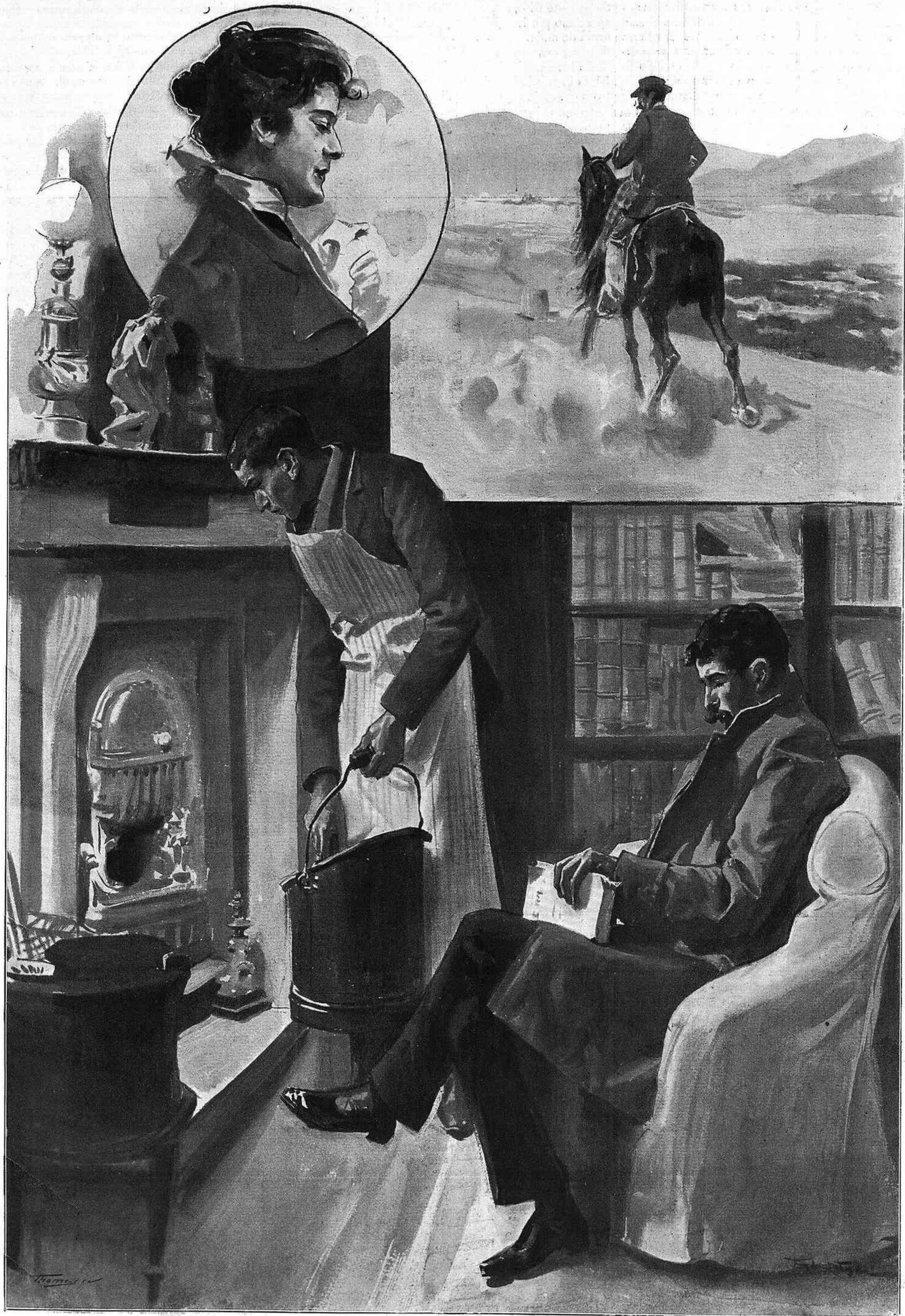
PÁGINAS GADITANAS

«EL FRITO»

Si fuera posible conservar fielmente en la memoria todos los rasgos fisonómicos de una persona, sería bien fácil reproducir su imagen á través de las distancias.

Colocando unos ojos grandes y expresivos, una nariz ligeramente aguileña, unos labios pequeñitos y ricos de color que se entreabran para enseñar diminutos dientes de blanco esmalte; colocando, digo, todo esto en un semblante de tersas y sonrosadas mejillas y limitando la belleza de tal conjunto por exuberantes blondas de negro pelo, se habrá trazado el rostro de una mujer encantadora.

Acentuando los rasgos más marcados de una fisonomía, se realza el mérito de una caricatura; que tanto y tanto más refleja el parecido de la persona á quien se trata de poner en ridículo, cuanto más se hace ver la nota que sobresale en el total de sus facciones.



Ambiciones, dibujo de Huertas. (Véase el cuento de D. José de Echegaray.)

En los pueblos sucede una cosa parecida: sus rasgos son sus hábitos, sus facciones las constituyen sus costumbres, y si una imaginación privilegiada, al querer describir el carácter de una colectividad, acierta á dar el relieve necesario á las costumbres más características de ella, habrá ganado mucho espacio en el camino de la exactitud y en el campo de la persuasión, porque la dialéctica más avasalladora para vencer al contumaz y al protervo es aquella que, nacida de la verdad que se expone, lleva en sí toda la fuerza de la evidencia.

Un rasgo no es un retrato acabado, como una costumbre no es la revelación completa de un carácter;

Los freidores, que pudiéramos llamar almacenes de pescado frito, facilitan el consumo del manjar más apreciado por los gaditanos, pues con la simple molestia de andar algunos pasos se compra en cantidades excesivamente acomodaticias.

En los sitios más concurridos de la población no falta el consabido freidor; así es que al salir del teatro ó del casino ó de la tertulia, al regresar del paseo, se compra el pescado que, envuelto en grotesco currucho de papel de estraza, llega todavía muy caliente á casa.

Si el comprador está en su domicilio y quiere cenar, no tiene más que llegarse hasta la esquina de la

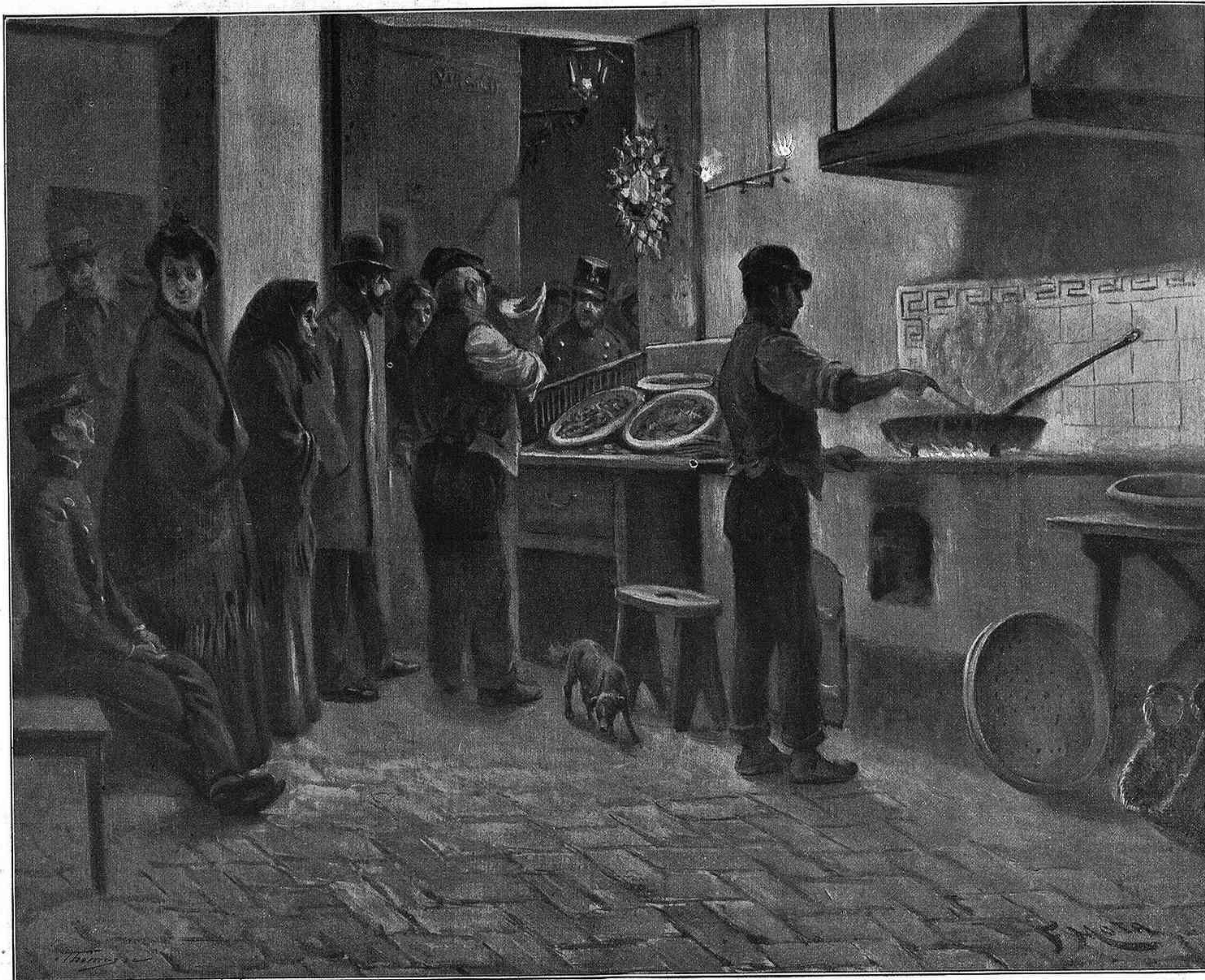
El frito, tomada la frase en toda su extensión y dándole el significado que la hace aparecer en su colorido clásico, es más que la cena sencilla. A veces *el frito* es un pretexto con el que se encubren las aventuras de toda una noche.

¡En cuántas y cuántas ocasiones una invitación á tomar *el frito* ha desatado el fuerte nudo de una empresa ó ha decidido el éxito franco de una conquista!

El forastero que llega á Cádiz de nuevas, no pasa de la primera noche sin saber lo que es *el frito*.

Buen cuidado habrá de convidarlo á la clásica cena.

— Iremos al café, le dicen, al teatro y después á



PÁGINAS GADITANAS. — EL FRITO, dibujo de F. Mota. (Véase el artículo de Carlos Bonet.)

pero por uno y otra se concibe á veces la expresión de una cara y se aprecia la existencia de una raza.

Las verbenas, por ejemplo, no retratan al pueblo madrileño, pero manifiestan algo de lo que es.

Una *juerga* ó una *capea* no pintan exactamente el carácter de la región andaluza, pero bastante dicen de lo que es el genio de los hijos de aquella tierra meridional.

La ciudad gallarda, de blanco caserío, que circundada de agua por todas partes sirve de atalaya al suelo patrio, Cádiz, tiene también sus rasgos peculiares, tiene sus costumbres que la hacen digna de ser pintada.

Vamos á bosquejar en este artículo una de las más clásicas, una de las que rebosan gaditanismo: tal es la que se conoce con el nombre que sirve de epígrafe á este trabajo: *el frito*.

* *

Habrán pocas poblaciones en España que consuman tanto pescado como el que se consume en Cádiz.

La facilidad que tienen los gaditanos de comerlo calentito y sabroso á altas horas de la noche, lo mismo que á las primeras de la mañana, hace que el consumo del pescado alcance en Cádiz doble proporción que la que alcanzaría si en cada casa tuvieran que freirlo.

Pero en Cádiz hay una institución veneranda: los freidores, que aumentan considerablemente por días.

calle ó hasta una de las inmediatas y satisface á poca costa su deseo.

Pocos, muy pocos son los que no sucumben al freidor: al gaditano de buena cepa no hay que quitarle la cena de pescado frito, porque constituye una de sus necesidades más indispensables. Los días en que el vendabal agita las olas del Océano y *las pa-rejas* no izan sus velas para ir á las aguas africanas á calar las redes, los gaditanos pasan un mal rato; tienen en perspectiva una de las notas más tristes de la noche: la clausura del *freidor*.

Nota tan triste para el que se pasa la noche en alegre francachela en amor y compañía de cuatro amigos bullangueros, como para el morigerado padre de familia que se retira *con la cena á cuestras* á gozar junto á su familia de las dulzuras domésticas; nota tan triste para el rico sibarita que se regala con las exquisiteces de un suculento festín, como para el modesto burgués ó el pobre proletario que satisface su apetito con los manjares que sus escasos recursos le permiten adquirir; nota tan triste para la señora distinguida que se hace llevar el grande papelón de pescado á su casa, como para la mujer del obrero que va á comprarlo al freidor ó la muchacha descocada que á la puesta del sol empieza su obligado mero-deo, acechando la ocasión de sacar una cena ó un estipendio.

La clausura del freidor es una desgracia local; supone la carencia del *frito*, y los gaditanos no pueden vivir sin *el frito*.

tomar *el frito*..., que empieza comiendo unas tajaditas de pescado que del freidor se llevan á la *tienda de montañés*, y Dios sabe cómo, dónde y cuándo acaba.

Lo cierto y seguro es que esta típica costumbre gaditana viene á constituir el último número del programa diario.

* *

Para que resulte completo este artículo, terminaremos diciendo algo de lo que es un freidor, ese establecimiento que ha inspirado al distinguido literato D. José Navarrete alguna de las páginas de su preciosa novela «*María de los Angeles*,» y cuya fama ha traspasado ya las fronteras locales, merced á los pregones de la admiración de cuantos visitan aquel delicioso rincón de la península.

La hora más culminante, digámoslo así, para darse cabal idea de lo que es el freidor, es la de las once á las doce de la noche, si bien el despacho de pescado no cesa en todo el día.

Después de las once de la noche acude al freidor una avalancha de personas: el caballero que sale del teatro ó del casino, la chula que se retira, la criada de la casa próxima, el *groom* del círculo inmediato, los novios que se dan el último apretón de manos en el banquito del freidor mientras la mamá compra la cena, el agente de orden público, el mozo de cuerda, el borracho impenitente, el padre de familia y mil y

mil individuos más que representan á todas las clases sociales.

Unos se agolpan á una de las puertas, convertida en ventana por la impedimenta de una mesa sobre la que descansan dos enormes lebrillos repletos de tajadas de toda clase de pescado, y otros entran en el local para aguardar á que les llegue el turno de ser despachados, entreteniéndose interinamente en sostener vivo palique, que en ocasiones se sazona con los chistes más picarescos del repertorio andaluz.

El señorón conversa con la casquivana mozoela, revistiendo el diálogo de sugestiva intimidad, y el caballero infatuado no niega la palabra al rudo jornalero.

Reinan en el freidor aires de encantadora democracia.

Y mientras unos y otros matan el tiempo, el *tío del freidor* (que es como llaman al que despacha), envuelto en la densa bruma que forman los vapores del aceite que hierve en dos grandes peroles, no cesa de vender; sus manos parece que rubrican el aire yendo y viniendo de un lado á otro del lebrillo para coger las tajadas del pescado que deposita en un currucho de papel de estraza.

- ¿Cuánto va á ser?, pregunta al más cercano.

- Déme usted dos reales, contesta el aludido; pero no eche usted cabezas; si acaso un poquito de *choco* y dos ó tres tajadas de caballa.

- Y usted, señora, ¿cuánto quiere?

- Eche usted *dos perras* y que esté calentito.

Después viene otro y luego otro y otro, cuál por una cantidad crecida, quién por una insignificante, hasta por *cinco céntimos*.

En un santiamén se agotaría el contenido de los lebrillos si no se repusiera constantemente; pero hay un muchacho que no deja de freir pescado y que de corto en corto lapso de tiempo traslada desde los

peroles á los lebrillos grandes porciones con el auxilio de una espumadera colosal.

He aquí bosquejada, con la minuciosidad que permite el laconismo de una crónica ligera, la costumbre gaditana que se conoce con el nombre de *el frito*.

CARLOS BONET.

NUESTROS GRABADOS

Capítulo interesante, cuadro de Román Ribera. - Nueva ocasión nos ofrece Román Ribera para dedicarle, por medio de estos renglones, el testimonio de nuestra simpatía y consideración. A una y otra tiene derecho, puesto que sus condiciones personales y sus merecimientos como artista colócanle en lugar preeminente y le separan de la vulgaridad. Ribera significa un nombre ilustre en el cuadro de la producción artística contemporánea. Cada obra, desde el sencillo estudio al gran lienzo, revela siempre al pintor y al artista de grandes alientos, seguro en el trazo y habilísimo en la aplicación de las tonalidades y coloraciones. Enemigo de los e'ectismos, muéstrase dueño de la paleta, en la que se amasa una gama castiza, cuya característica es la distinción.

diciones bien puede afirmarse que el hospital de Halifax es un modelo en su género.

Una jira, cuadro de Ramiro Lorenzale (Salón París). - Así como el espíritu necesita la dulce expansión de los afectos, para el organismo es necesaria la que le produce la naturaleza. Por eso en determinadas épocas del año, especialmente en la primavera, organízanse, jiras, expediciones y sencillos paseos. El médico, el abogado y el hombre de negocios abandonan temporalmente sus enfermos, sus clientes ó sus especulaciones para entregarse de lleno á los sencillos goces y á esas dulces expansiones. El animado espectáculo que ofrece una partida de expedicionarios es digno siempre del lápiz del artista y de la acerada pluma del literato observador. Goya nos legó magistralmente interpretadas varias escenas de esta clase en sus celebrados cuadros de costumbres. Ramiro Lorenzale, que á su vez sabe tan inteligentemente evocar el modo de ser de la sociedad de comienzos de la pasada centuria, ha logrado producir una composición agradabilísima, digna de su buen nombre, que atestigua sus reconocidas aptitudes, su buen gusto y distinción.

Raúl Pugno. - El eminente pianista que tan grandes como legítimos triunfos ha obtenido en los dos conciertos recientemente celebrados en nuestro teatro de Novedades, nació en



HOSPITAL RECIENTEMENTE INAUGURADO EN HALIFAX (INGLATERRA)

Hospital recientemente inaugurado en Halifax. - Hace poco se ha inaugurado en la ciudad de Halifax, en el Yorkshire (Inglaterra) el nuevo hospital que reproduce el adjunto grabado y que, como por la reproducción podrán ver nuestros lectores, es verdaderamente grandioso y obedece á un plan acertadamente concebido y trazado según los principios más modernos que la higiene y la medicina imponen en esta clase de establecimientos. Construído según el sistema de pabellones, los edificios destinados á enfermerías están dispuestos en dos alas, compuestas cada una de cuatro pabellones independientes uno de otro, y entre ambas alas hay dispuestos todos los anejos y dependencias administrativas y viviendas de los enfermeros. El hospital ocupa una superficie de doce acres, es capaz para 400 enfermos, y ha costado cien mil libras esterlinas: los planos han sido trazados por el arquitecto W. Clement Williams. Por su grandiosidad y por sus condiciones bien puede afirmarse que el hospital de Halifax es un modelo en su género.



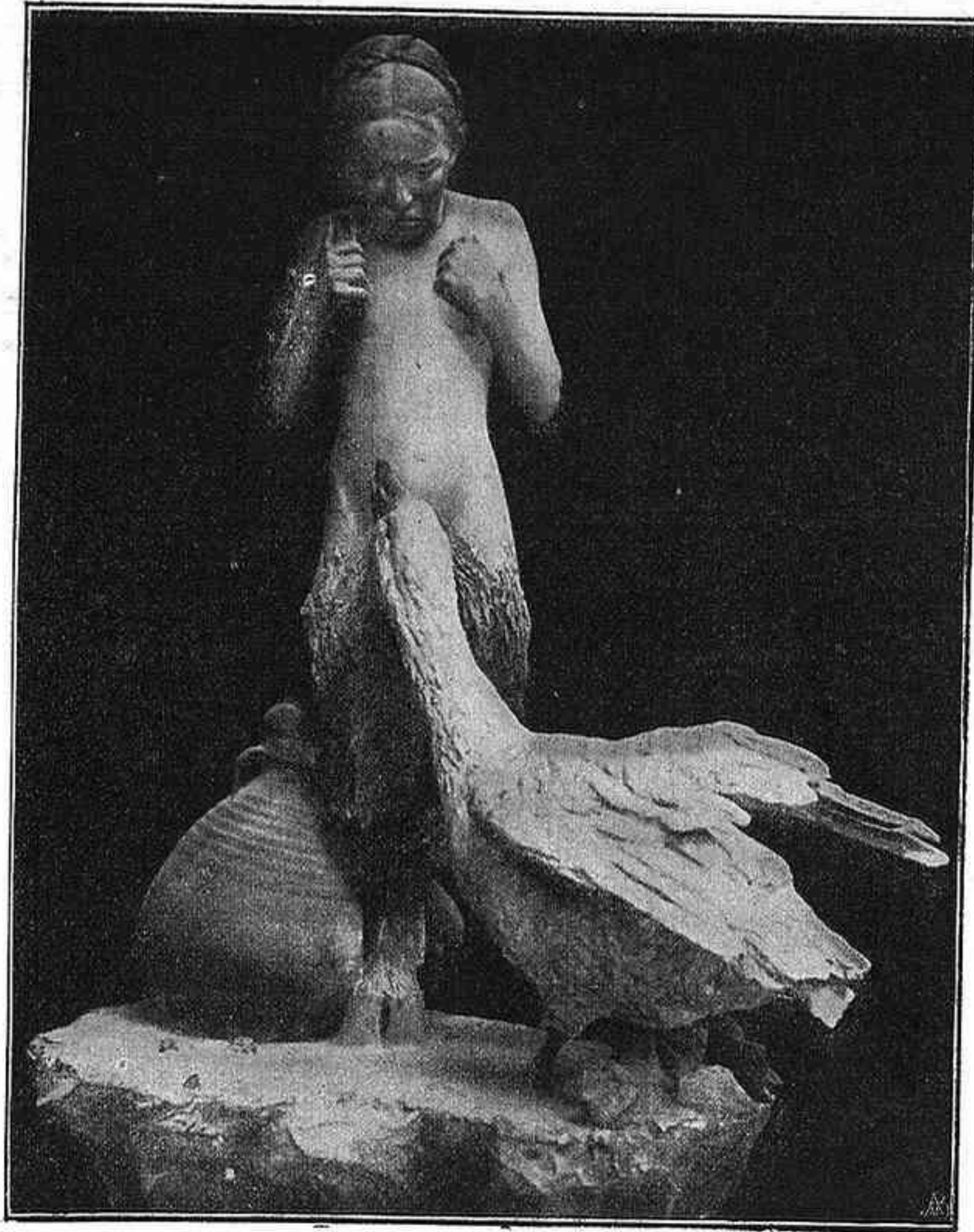
Una jira, cuadro de Ramiro Lorenzale. (Salón París.)



MEDITACIÓN, CUADRO DE M. OLIVER

París en 23 de junio de 1852. En 1865 entró en el Conservatorio en la clase de Mathias y al año siguiente obtuvo el primer premio de piano; en 1867 ganó el primer premio de armonía y en 1869 el de fuga y composición, después de haber sido discípulo de Durand, Bazin, Benoit y Ambrosio Thomas. En 1892 fué nombrado profesor de armonía del propio Conservatorio y en 1896 profesor de piano. Su reputación de pianista es universal, y lo mismo en los conciertos del Conservatorio de Colonne y de Lamoureux en París, que en los que ha dado en sus excursiones artísticas por Inglaterra, Escocia, Suecia, Noruega, Bélgica, Holanda, Italia, Alemania, Rusia y últimamente en esta ciudad, en todas partes ha causado la admiración del público por su magistral interpretación de las obras más célebres de los grandes maestros. Su arte es sólido; su estilo franco, serio, y lo mismo suspende al auditorio por su delicadeza y pulcritud exquisitas, que le llena de asombro por su vigor y fogosidad, cautivándolo siempre, despertando siempre en él el más grande entusiasmo. Como compositor, sus comienzos se remontan á 1879, en que estrenó su interesante oratorio *La resurrección de Lázaro*; vinieron después una ópera cómica en tres actos, *Ninetta*, que se cantó en el teatro de la Renaissance, y luego *La Sosie* (1887), *Le retour d' Ulysse* (1888), *Le valet*

presión justa sin artificios ni amaneramientos. Porque el peligro de esta clase de composiciones está en la facilidad de pecar, así por defecto como por exceso: quien no sienta honda y sinceramente el asunto, quien no cuente con un dominio completo de la técnica, se expone á que su labor resulte excesivamente incolora ó sobradamente efectista. El justo medio, he aquí lo que debe buscarse en obras de esta índole; y desde este punto de vista el cuadro de Oliver merece los mayores elogios, pues basta contemplar la figura de la bellísima joven sumida en meditación para comprender sin esfuerzo alguno el estado de su alma. También son dignas de alabanza la corrección del dibujo y la sobriedad con que está tratado el fondo sobre el cual se destaca la joven pensativa y que contribuye en alto grado á que la atención se concentre en ésta casi exclusivamente.



LA FAUNA Y EL PATO, escultura de Rodolfo Maison



El eminente pianista RAÚL PUGNO

de cœur (1888), *Pour le drapeau* (1895) y *Le chevalier des fleurs*, baile en doce cuadros (1897). Ha publicado además varias piezas para piano y para órgano, todas elegantes, originales, inspiradísimas y que demuestran sus grandes conocimientos en materia de composición musical.

La fauna y el pato, escultura de Rodolfo Maison.—Al ocuparnos en el número 1.002 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de este famoso escultor alemán, hicimos notar la diversidad de aptitudes que le adornan y que le permiten cultivar dentro del arte escultórico y siempre con el mismo éxito los más distintos géneros, desde la gran escultura monumental hasta la figurita de salón, desde el grupo histórico como *La muerte de César*, hasta la escena de la vida moderna como *La huelga*. En todas sus obras, sea cual fuere su carácter é importancia, pone el mismo cuidado; para él no hay en arte nada insignificante, y la misma atención dedica á la estatua grandiosa que al modesto *biblot*. De aquí la perfección que en todas sus obras se observa y que se descubre, no sólo en la pureza de formas, sino en la expresión que tienen todas sus figuras, en el ambiente de realismo de buena ley que se desprende de todas sus producciones, hasta de aquellas que, como la que en esta página publicamos, representan á un ser que sólo ha existido en la mente de los poetas. El delicioso grupo de la pequeña fauna atacada por el osado pato que quiere arrebatárselo el pedazo de pan, es de una gracia y espontaneidad incomparables: la expresión de angustia y de miedo de la una y la actitud agresiva del otro están admirablemente sorprendidas y forman una nota artística merecedora de grandes alabanzas.

Crepúsculo, cuadro de Modesto Urgell.—Otra magistral composición del laureado pintor catalán Modesto Urgell nos cabe dar á conocer á nuestros lectores. La circunstancia de haber consignado recientemente el juicio que nos merece tan meritorio artista, nos priva hoy de hacerlo, pues sería reproducir apreciaciones ya emitidas. Hemos de limitarnos, pues, á hacer constar que la obra á que nos referimos, que tanto llamó la atención de los inteligentes en la exposición organizada en el Salón Parés por la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña, es digna del buen nombre del maestro, que no vacila ni decae y continúa hoy como ayer dueño de la nota melancólica, á la que debe el poético encanto que sus obras producen, ajustadas siempre á la verdad, resultado del estudio y de la observación.

Diploma que contiene el nombramiento de hijos predilectos de Málaga acordado por el Ayuntamiento de aquella ciudad en favor del Excmo. Sr. Marqués de Larios y de D. Enrique Crocke, obra de Carlos de Zárate.—El Ayuntamiento de Málaga, deseando corresponder á los beneficios á aquella capital dispensados por el Excmo. Sr. Marqués de Larios y D. Enrique Crocke, á cuyo desprendimiento se debe la parte construída del hermoso parque que tanto contribuirá á embellecer la población y por cuya terminación trabajan dichos señores sin descanso, acordó por aclamación en 12 de octubre del año pasado declararles hijos predilectos de la ciudad. El diploma en que tal nombramiento se consigna ha sido dibujado y pintado por el distinguido artista malagueño Carlos de Zárate, quien se ha inspirado en el arte gótico y celta, trazando una composición de carácter verdaderamente decorativo, severa y elegante, que revela, así el buen gusto de su autor y el estudio que ha hecho de los mejores modelos, como la corrección y la pulcritud, que son cualidades indispensables en esta clase de trabajos.



Diploma que contiene el nombramiento de hijos predilectos de Málaga acordado por el Ayuntamiento de aquella ciudad á favor del Excmo. Sr. Marqués de Larios y de D. Enrique Crocke, obra de Carlos de Zárate.

Meditación, cuadro de M. Oliver.—En distintas ocasiones hemos señalado como una de las dificultades más grandes para el artista la de reproducir en sus lienzos un estado anímico. Comprendemos el mérito del que sorprende en sus menores detalles y reproduce con fidelidad irreprochable las figuras, los objetos, los espectáculos de la naturaleza, dándonos en sus obras un asunto acabado de la realidad; pero hemos de confesar que nuestra admiración sube de punto cuando el pintor nos ofrece la expresión de uno de esos sentimientos que por sus delicados matices parecen deber escapar á la observación, ó que aun siendo perfectamente observados exigen una identificación absoluta y un talento privilegiado para que al pasar al cuadro, al ser traducidos en líneas y colores, produzcan la im-

MISCELÁNEA
Bellas Artes.—EGINA. — En las excavaciones que desde primero de este mes se han empezado en Eginá bajo la dirección de Furtwangler, se han encontrado hasta el presente dos cabezas de mármol que se suponen pertenecientes al grupo del frontón egineta que se conserva en la Gliptoteca de Munich.
Teatros.—En el Teatro Popular Alemán, de Viena, se estrenará en breve una traducción alemana del drama del Sr. Pérez Galdós *Electra*.

Barcelona.—En el teatro del Tivoli se ha estrenado con buen éxito *Las carceleras*, zarzuela en un acto y tres cuadros de los Sres. Flores y Peidró. En el teatro de Novedades ha dado la Sociedad Filarmónica dos conciertos, en los cuales ha tomado parte el eminente pianista Raúl Pugno, cuyo retrato publicamos en esta página, ejecutando composiciones de Beethoven, Liszt, Scarlatti, Berlioz, Wagner, Chopin y Saint-Saens, en todas las cuales ha demostrado ser un artista consumado, así por la brillantez y delicadeza de ejecución, como por la manera perfecta de interpretar las obras clásicas de los más diversos géneros. La orquesta dirigida por el maestro Crickboom se mantuvo á gran altura, así en las piezas que acompañó al concertista, como en las que ejecutó sola. En el propio teatro dará tres conciertos la famosa orquesta Filarmónica de Berlín bajo la dirección del afamado maestro Nikisch.

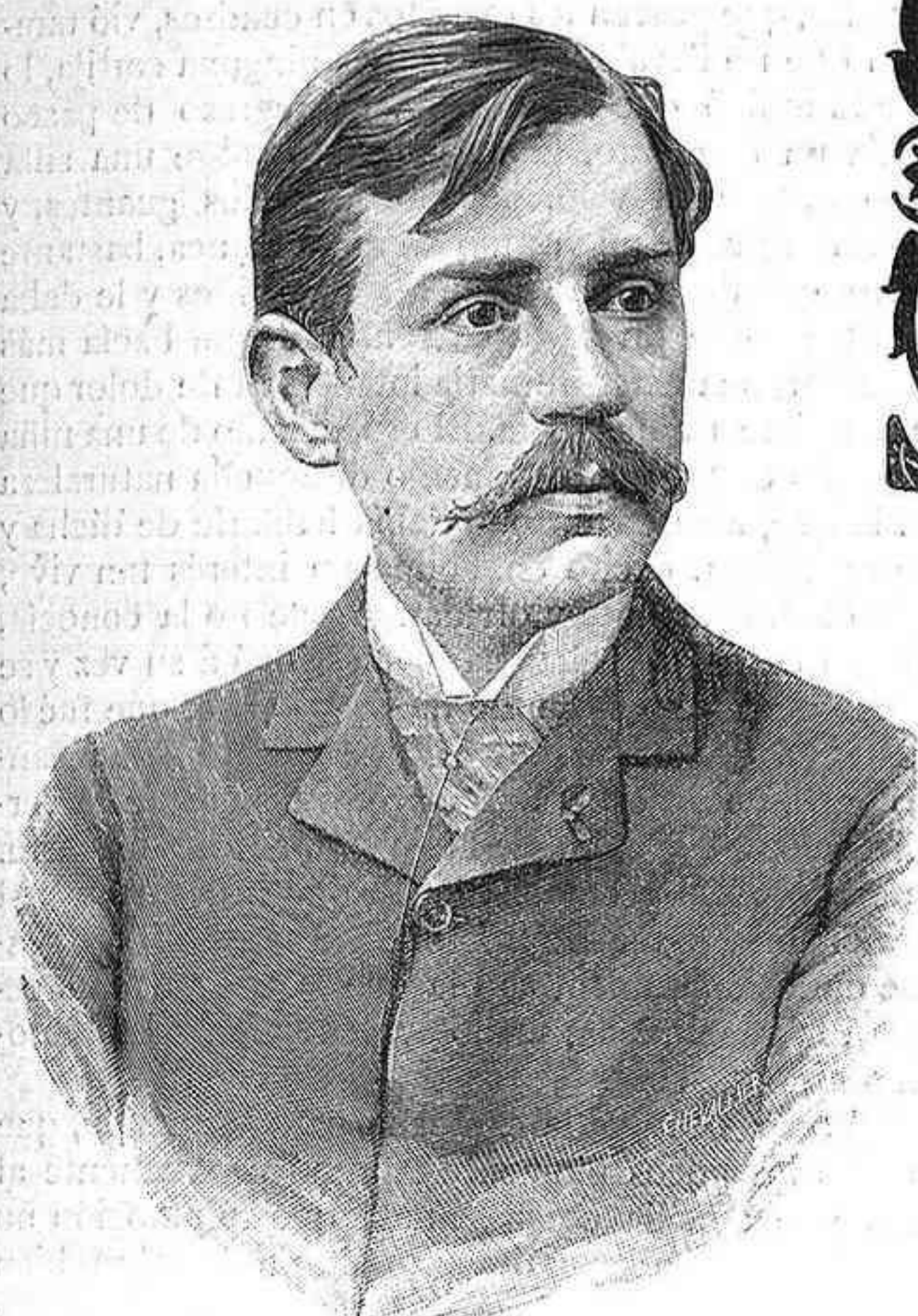
Necrología.—Han fallecido: Víctor Juan von der Forst, pintor de historia alemán. Ernesto Sackur, profesor extraordinario de Historia de la Universidad de Estrasburgo, colaborador de la importante obra *Monumenta Germaniae historica*. D. Manuel Moliné, notable dibujante y caricaturista catalán, uno de los más antiguos y principales colaboradores de los populares semanarios barceloneses *La Esquella de la Torratxa* y *La Campana de Gracia*.

Las numerosas personas que emplean la CREMA SIMÓN han adoptado asimismo los POLVOS DE ARROZ y el JABÓN á la CREMA SIMÓN.

AJEDREZ
PROBLEMA NÚMERO 239, POR H. F. W. LANE.
 NEGRAS (8 piezas)
 a b c d e f g h
 8
 7
 6
 5
 4
 3
 2
 1
 a b c d e f g h
 BLANCAS (8 piezas)
 Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 238, POR O. WÜRZBURG.
 Blancas. Negras.
 1. Cf3-e1 1. Ac6-b7
 2. Df6-b6 2. Cualquiera.
 3. D mate.
VARIANTES
 1.... Ac6-a8; 2. Df6-h8 jaque, etc.
 1.... Ac6-d5; 2. Df6-d4, etc.
 1.... Ac6-e4; 2. Df6-h4 jaque, etc.
 1.... Ac6-f3; 2. Df6-f3; jaque, etc.
 1.... Ac6-g2; 2. Df6-f2, etc.
 1.... Ab8-d6; 2. Df6-h6 jaque, etc.
 1.... Ab8-f4; 2. Df6-c6; jaque, etc.
 1.... Otra jug.ª; 2. Df6-h6 c6; jaque, etc.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera AGUA GORLIER y los POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA.



El eminente novelista francés PABLO BOURGET, autor de la novela «El fantasma»

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

CAPÍTULO I

UN HOMBRE DEL PASADO

Aquella mañana, una de las primeras del mes de mayo de 1894, el Sr. Felipe Andiguier, el célebre coleccionador, se paseaba por el gran salón que sirve de galería á su museo, y parecía devorado por una agitación que hubiese asombrado á sus colegas en la manía cuatrocensista si le hubieran visto ir y venir de tal modo sin saber la causa real de aquella fiebre de impaciencia.

En torno del viejo - el Sr. Andiguier, nacido en 1830, tenía entonces sesenta y cuatro años bien cumplidos - podíase observar la más encantadora decoración de hermosos objetos que jamás acariciaron los ojos y los sueños de un sabio cansado de la vida y decidido á no aceptarla más que ennoblecida y purificada por el arte.

Las tres altas ventanas de aquella vasta habitación daban á un jardín particular contiguo á otros de distintos palacios, de manera que la vista podía extenderse á lo lejos por las verdes profundidades de un verdadero parque, bañadas por el sol, removidas por una tibia brisa y pobladas, en aquella estación y á aquella hora, por los alegres gorjeos de los pájaros.

Las escasas partes del *faubourg Saint-Germain* respetadas aún por el vandalismo de las nuevas construcciones, tienen algunos de esos retiros provinciales de una poesía de intimidad que hace más agradable el rumor de la población, amenaza lejana contra esa tranquilidad.

El singular coleccionador había escogido para instalar sus tesoros el segundo piso de un hotel del siglo último, situado en el fondo de un patio, en la parte de la calle de la *Chaise* que limita la legendaria *Abbaye au Bois*, de misteriosa memoria. Alrededor de aquel antiguo convento, en el que tanto habló Chateaubriand ya envejecido, parece que flota como una atmósfera de otro tiempo. Pero los más pequeños objetos, en aquel salón en que el Sr. Andiguier se paseaba nerviosamente, ¿no atestiguaban el amor, la idolatría, el fanatismo del pasado y de un pasado mucho más lejano? En aquel museo, severo á fuerza de ser exclusivo, no había un solo objeto que no tuviera cerca de cuatro siglos de edad y que no fuese italiano, desde los dos tapices florentinos del fondo, dibujados por Filippino Lippi, hasta los dos bancos de iglesia colocados cerca de ellos y en cuyos respaldos se veían trabajos de talla dignos de las puertas del coro de San Pedro, de Perusa. ¡Qué obras maestras de un arte que debía ser mezquino y que el genio del siglo xv convirtió en magnífico! ¡Qué obras maestras también las piezas de orfebrería colocadas en la vitrina del centro, jarras y puños de espada, relicarios y báculos de abad, vasos y altares de sacrificios; aquí un broche de capa pluvial en el que se

descubre el modo de los Pollajuoli; allí un nautilo montado en plata dorada del estilo de la célebre alhaja de Windsor!

Para que el poseedor y el apasionado de tan variadas maravillas no les dedicase ni una mirada en aquella clara y hermosa mañana, era preciso que su preocupación fuese muy grande. Tampoco contemplaba la admirable serie de los naipes de *tarot* - veintisiete, de los setenta y ocho de la baraja completa - que colocados bajo cristal en una especie de facistol giratorio, mostraban sus pinturas, atribuidas por el mismo Morelli á Ambrogio de Predis, el artista favorito de Ludovico el Moro. En su impaciente paseo, Andiguier pasaba también sin echar una ojeada por delante de sus piezas favoritas: su perfil de mujer, de Pisanello; su mesilla de *cassone*, en la que estaban representadas con la más elegante fantasía toscana las escenas cómicas de la cuarta novela de la novena jornada del *Decamerón*; su cuadro de altar de Ferrarais Cossa; su alto crucifijo de plata con estatuillas de oro, probablemente cincelado en el taller de Verrocchio...

Entre tantas riquezas artísticas, cada una de las cuales evocaba para el aficionado sensaciones tan vivas de descubrimiento y de deseo, de persecución y de conquista, sólo una existía para él en aquel momento: el reloj en forma de custodia que le servía para saber la hora, de un modo, por cierto, muy paradójico, pues el florentino, servidor de los primeros Médicis, que modeló las figurillas del pedestal, no previó ciertamente que cuatrocientos años después, una diestra introducción de muelles modernos haría marchar la aguja por la antigua esfera y mediría el tiempo á los nietos de los bisnietos de sus contemporáneos.

La aguja avanzaba con esa invisible é indiferente marcha que dentro de pocos años arrancaría el reloj mismo y los cuadros y las esculturas y las alhajas á su actual poseedor, como los había arrancado á los anteriores.

Pero no era esta filosófica reflexión lo que el ruido monótono y acompasado del reloj inspiraba al viejo. Marcaba éste en aquel instante algo más de las nueve y media, y el Sr. Andiguier esperaba á las diez, con verdadera fiebre de impaciencia, á alguien que no era ni un anticuario poseedor de uno de los cincuenta y un naipes restantes de la baraja de Ambrogio, ni un erudito capaz de certificar la autenticidad de su crucifijo. No; aquella visita, cuya aproximación turbaba hasta tal punto al coleccionador, no estaba relacionada con ninguna de las preocupaciones estéticas que parecían deber impresionarle.

Se trataba - ¡qué contraste con los esplendores repartidos por caballetes y vitrinas! - de la más cotidiana y vulgar aventura que puede producirse en las relaciones de un viejo parisiense; una dificultad surgida en cierto matrimonio por el que Andiguier se interesaba porque había conocido á la mujer siendo niña. Aquella joven, casada hacía poco más de un año, le había escrito por la mañana que le sucedía una espantosa desgracia, de la que él sólo podía salvarla, y que iría á verle á las diez á la calle de la *Chaise*.

Los términos en que aquella apremiante carta estaba redactada, la agitación que revelaba la letra y la insistencia con que Evelina Malclerc, que este era el nombre de la joven, le suplicaba que la recibiese en seguida, probaban á Andiguier que los presentimientos que le atormentaban hacía algunas semanas no eran engañosos, y esta idea bastaba para trastornar á aquel apasionado por el arte, á quien sus enemigos - ¿quién no los tiene? - podían haber dicho como no sé qué alemana dijo á Heine: «Usted, que nunca ha amado más que á mujeres esculpidas ó pintadas...»

Se sabe la frase con que el poeta contestó á ese

maligno cumplimento: «Dispense usted, señora; he amado también á una muerta...» El irónico autor de los *Reisebilder* pronunciaría sin duda esta respuesta en tono burlón y con su mala sonrisa; pero Felipe Andiguier hubiera podido adoptarla por su cuenta seria y sinceramente, como él lo hacía todo. Aquel enamorado de las princesas esculpidas y pintadas del siglo xv había tenido en su existencia verdadera, lo que equivale á decir en su existencia desconocida, un amor romántico que la muerte no había podido romper.

Si el Sr. Andiguier se paseaba por su galería para engañar á fuerza de movimiento una impaciencia inquietada hasta la ansiedad, era porque le había escrito aquella esquela le recordaba otra mujer desaparecida hacía nueve años en circunstancias trágicas y cuya memoria no había sido amortiguada en él por otras emociones, ni por la irrevocable ausencia ni por el efecto del tiempo. Aquella muerta, que permanecía tan viva en ese corazón de hombre, era la madre de Evelina.

Apresurémonos á añadir, para dar su alto y noble carácter á aquella extraordinaria fidelidad de un hombre digno de llamarse, como el héroe de un hermoso libro, «un hombre de otro tiempo,» que ninguna idea de paternidad clandestina se mezclaba con aquel interés.

Felipe Andiguier había amado durante quince años seguidos, sin poseerla, á aquella mujer á la que amaba aún, nueve años después de su muerte, lo bastante para atormentarse hasta aquel punto por una desgracia posible de su hija. Había sido aquel, y era todavía, como se ve, un sentimiento de un orden más raro que los preciosos objetos entre los cuales el viejo se paseaba sin verlos; más raro que un naip de *tarot*, aunque estuviese iluminado por un Sforza; más raro que un crucifijo de plata y de oro, aun cincelado para una capilla del Magnífico. Aquella novela de un coleccionador, al que la más imperiosa de todas las manías intelectuales debiera poner á salvo de otra pasión, merecería la pena de ser contada por su rareza y por su originalidad, aunque la devoción de Andiguier por el recuerdo de la madre de Evelina no le hubiera hecho intervenir de un modo tan directo en la tragedia conyugal cuyo primer episodio decisivo iba á ser provocado por la esquela de la joven casada. Por otra parte, á medida que se desarrollen las peripecias de esta tragedia, su historiador se verá condenado al análisis de una aberración tan lamentable, tendrá que estudiar y hacer ver una anomalía de alma tan criminalmente patológica, que se le debe excusar si experimenta como una necesidad de poner como prólogo á esas escenas de emociones culpables el recuerdo de un grande y delicado sentimiento humano, aunque ese recuerdo parezca desproporcionado. Es como el cirujano que, antes de entrar en el hospital, se detiene á mirar las frescas flores de un puesto al aire libre, para probarse que hay en el mundo algo más que cuerpos roídos de úlceras, que llagas purulentas y que agonías. Estas eran las imágenes que surgían del pasado de Andiguier para interponerse entre su mirada y las maravillas de su museo mientras esperaba á Evelina Malclerc. He aquí los recuerdos que acudían en tropel á su mente y que le hicieron volver á vivir veinticuatro años de su existencia en aquella media hora.

Había amado mucho, amaba aún demasiado á la madre desaparecida, para no ser vulnerable hasta el extremo ante aquella hija viviente que dentro de unos instantes, sin más que entrar en su casa, iba á poner ante sus ojos la muerta, tanto se parecían sus siluetas, sus ademanes y sus fisonomías.

No era nuevo para el anciano el miedo que sentía de que los destinos de las dos se pareciesen también, y una alucinación retrospectiva le evocaba el destino de la madre, en todo lo que él había visto,

en todo lo que había intervenido desde el otoño de 1871 en que empezó su novelesco amor.

He dicho ya que Andiguier en aquella fecha de 1894 tenía sesenta y cuatro años bien cumplidos. Había, pues, pasado de los cuarenta cuando en 1871 conoció a la madre de Evelina. Aquella edad, en la que la vida sentimental se apacigua en la mayor parte de los hombres, había marcado el despertar de la suya, á causa de las condiciones excepcionales en que se había deslizado su juventud. Por eso el recuerdo de aquel encuentro había permanecido en él claro y preciso hasta en sus más pequeños detalles. Cuando pensaba en Antonieta, que era el nombre de su amiga muerta, la veía siempre tal como se le había aparecido por primera vez, en una luminosa y dulce tarde de octubre, en la decoración más adecuada, hay que reconocerlo, para imponerse á la imaginación, sobre todo á la de un entusiasta del arte, como él, acostumbrado á asociar siempre la idea de belleza á los rasgos característicos del paisaje italiano. Aquel encuentro con la joven - Antonieta no estaba casada todavía - se había verificado en un paraje muy encomiado por todos los que han viajado por el otro lado de los Alpes, la quinta de Este, á la orilla de ese lago de Como cuyas profundidades azules, rodeadas de una sinuosa cadena de montañas, sirven de modelo á tantos últimos términos en las pinturas de la escuela lombarda. Felipe Andiguier se había detenido por casualidad en ese antiguo palacio de lujo convertido en hotel y que conserva, á pesar de su adaptación utilitaria, el encanto elegante y fastuoso de otros tiempos, con la escalinata de su terraza que baja hasta perderse en el lago, con su parque sembrado de urnas y de bancos de mármol, con sus juegos de aguas que conducen, por una sucesión descendente de estanques, hasta una gruta abierta en las rocas, pintoresco nicho de una estatua colosal, enteramente blanca, *el Gigante*, como le llaman los hijos del país. ¡Qué poco sospechaba el viajero coleccionador, al llegar á aquel tranquilo asilo sin más motivo que las indicaciones de un guía, que se acercaba á un instante crítico de su destino y que nunca podría pensar sin emoción en aquella aldea de Cernobbio, tan pacífica, en el fondo de su bahía y en el ángulo de su promontorio, en los grandes naranjos y en las palmeras de la ciudad, en el cabrilleo de las olas sobre los escalones del embarcadero, en el color del cielo, de tan espléndida y transparente claridad, en la atmósfera; en fin, en aquella fresca caricia de la *Breva*, la brisa de los Alpes, que, en medio de la tarde, pasea por las aguas templadas por el sol la frescura de los próximos ventisqueros! ¡Estaba tan lejos de pensar que pudiera enamorarse á su edad y ya aleccionado por la larga prueba de su juventud! Aquella escala en Cernobbio era la última de un viaje emprendido por las aldeas de Toscana y de Venecia para olvidar las penas del año terrible, que lo había sido dos veces para él. El desastre público se había duplicado para él con otro privado. El mismo día de la entrada de los alemanes en París perdió á su madre, que había sido el objeto de la abnegación y del martirio de toda su juventud. Una palabra resumirá aquellos largos años de una piedad filial que precedió en aquel gran romántico á la piedad amorosa: la señora de Andiguier se había vuelto loca, diez y seis años antes, á la muerte de su marido, y Felipe no había consentido nunca en que fuese encerrada en un manicomio. Se consagró, pues, á su cuidado; se privó de casarse por miedo de asociar una mujer á aquella terrible servidumbre; prescindió de la sociedad por no dejar sola á la pobre enferma; se aprisionó en las atenciones de su empleo en el Tribunal de Cuentas por el terror de la ociosidad; y se consoló, en fin, con sus estudios de arte, por aquella manía de la colección, exaltada en él sistemáticamente. Pidió á aquella pasión artificial la fuerza de soportar un duelo que hubiera debido ser para él una liberación; pero habiendo concentrado todas las fuerzas de su corazón en aquella madre infortunada, le pareció al perderla que perdía el principio mismo de su vida. El viaje á Italia le arrancó un poco, sin embargo, á su idea fija. Se interesó en el descubrimiento y la compra de algunos objetos dignos de figurar en su museo, uno de los más escogidos de París, gracias á su fortuna y á su buen gusto. Cuando se representaba su llegada á la quinta de Este, veía un hombre de luto riguroso preocupado en impedir que los bateleros manejasen brutalmente los cajones de madera en que había hecho embalar varios ejemplares únicos. ¡Dios mío! ¡Qué extraña es la suerte y qué sorprendido se hubiera quedado aquel viajero, que llevaba impresa la huella de la pena en la apariencia ajada de sus párpados y de sus mejillas, en las rosetas rojas de su tez, en sus cabellos grisáceos, en su espalda arqueada, si le hubieran anunciado que aquella misma tar-

de una joven de veinte años se introduciría en su corazón para no salir nunca de él, y que bastaría para esto el más vulgar incidente de hotel: una vecindad de cuarto, una ventana abierta y un movimiento de curiosidad!

Felipe llegó á las cinco: la comida era á las siete. Abrió su maleta; hizo colocar en el cuarto las preciosas cajas de sus adquisiciones; dispuso él mismo sus objetos de aseo, por haber enviado á París á su criado, y pensó que no tenía ya tiempo de dar siquiera una ojeada al parque. Dejó, pues, el primer paseo para el día siguiente, y acercó una butaca al ancho balcón de piedra que recorría aquella ala del edificio y que estaba dividido en tantas terrazas como ventanas por unas cadenas sujetas á la barandilla y unas argollas fijas en la pared. El balcón estaba desierto en aquel momento, de modo que Felipe se encontró en una soledad perfecta para gozar del admirable paisaje que se ofrecía á sus ojos. Para los amantes de la pintura, como él, esos horizontes italianos tienen un doble encanto: su belleza propia y el recuerdo de aspectos ya admirados en las obras maestras de los grandes artistas. Aquel rincón retirado del lago de Como, á la luz del sol poniente, revelaba con más evidencia todavía lo que constituye su poesía especial y la de los lienzos y los frescos de los artistas nacidos en sus orillas, un Luini, un Gaudenzio Ferrari, un Beltraffio, esa mezcla incomparable de opulencia y de gracia, de nobleza y de voluptuosidad, de intimidad y de esplendor, ese *soave austero* de que habla un poeta. Una inmensa franja de sombra cortaba el agua en toda su longitud. Toda la ribera en que se encontraba Felipe había sido ya abandonada por el sol, mientras que la opuesta estaba fuertemente iluminada. Las anchas barquillas planas, con los tendales de ropa arrollados á la armadura, que pasaban de la sombra á la luz, parecían entrar de pronto en una apoteosis de gloria y deslizarse por una superficie milagrosa hacia alguna costa encantada, en la que las fachadas pintadas de las casas reflejaban los rayos del sol sobre el follaje apenas dorado por el otoño, mientras que en lo alto la línea de las montañas se destacaba sobre el profundo azul del cielo con esa grandiosidad de dibujo que es la marca propia de los paisajes de Italia. Y en aquella larga tarde, entre las pacíficas aguas, las frondosas pendientes y el cielo del crepúsculo, reinaba el silencio en la naturaleza, uno de esos recogidos silencios de las cosas que se producen en octubre y que al anunciar la muerte del año, invaden, envuelven y bañan el corazón de misteriosa melancolía, aunque no se tengan, para estar triste, los mismos motivos que tenía Felipe de Andiguier. Estaba, pues, nuestro viajero al lado del balcón abandonándose con toda libertad á la impresión de aquel delicioso anochecer y experimentando ese desfallecimiento de todo el ser que nos hace en tales momentos tan sensibles y tan vibrantes al menor contacto, cuando un ruido en el cuarto próximo fué de repente á sorprenderle en aquella especie de ensueño enternecido en que se es tan poco dueño de los nervios. El ruido empezó por un gemido ahogado que en seguida se convirtió distintamente en un verdadero sollozo, como el de alguien que trata de contener una pena muy grande que acaba al fin por estallar. Felipe, absorto en sus ensueños, no había oído hacia un momento que la puerta próxima se abría para dar entrada á una persona, y como él estaba enteramente inmóvil y un poco retirado del balcón, aquella persona no había sospechado tampoco su presencia. La discreción más elemental mandaba entonces que Felipe revelase esa presencia moviendo la butaca ó andando con ruido; pero un instinto de curiosidad invencible le hizo, por el contrario, permanecer en absoluta quietud y conteniendo casi la respiración. Como los sollozos continuaban, entrecortados entonces por esta exclamación: «¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!» su curiosidad aumentó é hizo á Felipe levantarse con precauciones de culpable y acercarse de puntillas hasta el balcón. Los gemidos no cesaban y parecían proceder de una mujer. Nunca pudo explicarse después nuestro viajero qué impulso, tan enteramente contrario á su carácter, le obligó á franquear la cadena que limitaba su parte de balcón y á acercarse sin hacer ruido á la ventana que daba paso á aquellas quejas. La ventana estaba entreabierta y dejaba ver á una mujer sentada en una butaca, con la cabeza inclinada hacia atrás, las manos extendidas sobre las rodillas en una actitud de completa desesperación, las mejillas inundadas de lágrimas, los labios abiertos y trémulos y el seno sacudido por una palpación convulsiva. La desconocida era joven y tan bella que aquella misma tensión de todas las líneas, producida por un espasmo de dolor, no la desfiguraba. Felipe pudo ver que era rubia, que tenía ojos azules oscurecidos por las

lágrimas, que eran sus facciones de una extremada finura y su tez de rosada transparencia, que su boca estaba poblada de encantadores dientes y que sus pies y sus manos eran menudos y finos. Con esa mirada, educada en la observación inquisitiva de los detalles, que poseen los expertos en cuadros, vió también que no llevaba en las manos ninguna sortija, lo que le indicó que era soltera. De regreso de paseo hacía un momento, había colocado sobre una silla el sombrero, el velo, la sombrilla y los guantes, y dejándose puesto un vestido de sarga blanca, bastante corto, que descubría sus menudos tobillos y le daba un aspecto de juventud casi infantil que hacía más interesante la extraordinaria intensidad de dolor que expresaba su bonita cara. El espectáculo de una niña llorando de tal modo en medio de aquella naturaleza en la que, á su edad, todo debía hablarle de dicha y de esperanza, excitó en Felipe un interés tan vivo, que instintivamente y olvidando que no la conocía, dió un paso hacia ella. La joven le oyó á su vez y se irguió de pronto lanzando un ligero grito, que fué lo bastante para que el indiscreto se retirase balbuceando palabras de excusa. Y con la púrpura de la vergüenza en las mejillas, Felipe volvió á su cuarto, alterado por una emoción en la que no quiso ver al principio más que el remordimiento de su incalificable curiosidad, mientras oía que la desconocida cerraba la ventana con mano evidentemente temblorosa de indignación.

El primer toque de campana para la comida, que sonó á los pocos momentos, probó prontamente al héroe de aquella escena muda que su emoción no era el simple arrepentimiento de un hombre bien educado sorprendido en una actitud equívoca. No bien oyó la campana, pensó: «Va á estar en el comedor y voy á verla,» y la idea de ese encuentro, después de lo que acababa de suceder, le resultó tan penosa, que se levantó para llamar á fin de que le trajeran la comida á su cuarto. Pero cuando tuvo la mano en el botón del timbre, no le oprimió, pensando que era aún más penoso dejar escapar la ocasión, acaso única, de volver á ver aquella cara cuyas delicadas líneas se pintaron de repente en su espíritu con tal claridad, que cerró los ojos para retener aquella imagen. La ilusión duró un segundo y fué suficiente para que su corazón latiese más de prisa. Se sentó de nuevo, asombrado por la emoción, nueva absolutamente para él, que invadía su ser, sin confesarse aún que acababa de recibir allí, en aquel balcón, á la luz crepuscular de aquella hermosa tarde y ante una joven llorosa, el golpe fulminante del amor más entero y más apasionado. La imagen se desvaneció, y ya el enamorado empezó á temer, no el encontrarse con la desconocida, sino que ésta no bajase á comer. Se puso á escuchar y creyó oír que andaban en el cuarto vecino y - detalle que hizo sonreír al viejo al recordarlo - empezó á buscar precipitadamente en el baúl el frac que no se había puesto ni una vez desde que salió de Francia, la camisa menos arrugada por el viaje y la corbata negra más fresca. Por fin, aquel grave funcionario de cuarenta años, para el cual el vestirse era un suplicio, se dirigió al comedor, al segundo toque de campana, después de haber puesto tanto cuidado en su atavío como un escapado del colegio que va por vez primera al baile.

«¿Estará en el comedor? - se preguntaba al bajar la escalera con paso casi vacilante. - ¿Pero quién es ella? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo hacer para hablarle, para explicar mi presencia en su ventana?... ¿Cómo lloraba!.. ¿Qué tendría?... ¡Ah! Si yo pudiese hacer algo por ella... ¿Cómo entablar conocimiento?...» El torbellino de estas preguntas confundía su pensamiento y le daba una especie de fiebre. ¡Cuál fué su asombro cuando al entrar en el *hall* en que esperaban varias personas antes de pasar al comedor, vió á la joven cuyas lágrimas desoladas acababa de sorprender, sentada en uno de los ángulos y hablando con tres personas: una mujer de más edad, su madre sin duda, y dos hombres, uno de los cuales de treinta años apenas!.. En el otro reconoció Felipe, con una sorpresa que no podía decir si era de alegría ó de dolor, á uno de sus compañeros del Tribunal de Cuentas, un consejero, como él, que había hecho dimisión el 4 de septiembre, un tal Andrés de Monterán. No había medio de retroceder; Monterán le había conocido, y haciendo un ademán de sorpresa se dirigía hacia él con la mano abierta y le decía:

- ¿Usted aquí, mi querido Andiguier?... ¡Qué feliz casualidad! ¿Viene usted de pasar sus vacaciones en Italia? Traerá usted maravillas, estoy seguro... ¿Y nuestro pobre palacio del *quai d'Orsay*?.. Usted me dará noticias de los compañeros... Desde el sitio, los perdí de vista... Ha tenido usted más paciencia que yo al no abandonar el barco... Acaso ha hecho usted bien... Pero tiempo tendremos de hablar de todo

esto... Venga usted; le voy á presentar á mi mujer, á mi hija Antonieta y al Sr. Duvernay, mi futuro yerno... Un matrimonio que me hace muy feliz... Ya le contaré...

Estas confidencias incoherentes habían sido hechas con la expresión oficialmente entristecida, pero en realidad triunfante, de un hombre que encuentra á un compatriota después de horribles catástrofes nacionales y no se atreve á exhibir su contento privado. Pero lo que conmovió á Felipe en aquel momento no fué el contraste entre los desastres de Francia y la egoísta satisfacción de su antiguo colega, sino otro contraste que resultaba más emocionante por su inmediata evidencia. Andiguier no pudo olvidar en toda su vida el aspecto indiferente de aquel *hall* de hotel y el grupo hacia el cual le condujo su amigo, la sonrisa vulgar de la señora de Monterán, el saludo correcto del prometido y la mirada impenetrable de la joven. ¿Era ella la que media hora antes gemía desesperadamente en la soledad de su cuarto? Aquella delicada y linda cara que Felipe había visto hacía pocos instantes convulsionada por el dolor, no mostraba en aquel momento ninguna huella de la emoción que se había expresado con tales sollozos. Había en aquella fisonomía, nada hipócrita, sin embargo — ¡era tan pura y tan virginal! — una especie de dolor lejano, algo á la vez gracioso é inaccesible, una reserva demasiado estudiada para no ser siempre un poco misteriosa. Pero después de la escena que había sorprendido y al encontrar á aquella niña, que salía de una espantosa crisis de dolor, tan tranquila entre su madre, su padre y su novio, ¿cómo no había de experimentar Felipe, hasta un grado casi enloquecedor, esa sensación de misterio? Andiguier vió distintamente pasar por aquella fisonomía cerrada una oleada de sangre cuando él se acercó, y una súplica en aquellos ojos azules... Ni la madre ni el novio lo observaron. ¿Aquellas tres personas sospechaban, por otra parte, que Antonieta ocultase, detrás de su actitud modesta y pacífica, la tempestad de una gran pena interior? Felipe se respondió que no, por instinto, así como se dijo que el principio de aquel dolor estaba allí, en aquel matrimonio que el padre le había anunciado con tal acento de triunfo. Y ahora que veía juntos á los dos jóvenes, ¿cómo pensar que el grito de desesperación de la hija de Monterán tuviese otra causa? Entre aquellos dos seres la antítesis era demasiado fuerte. Durante toda la comida, que Felipe hizo en una mesa cercana de la suya, tuvo tiempo de abismarse, de hipnotizarse en el estudio de los prometidos y también, lo que fué peor, de acabar de beber por los ojos el veneno de amor que ya corría por sus venas. Cuanto más analizaba la gracia ideal y un poco doliente de aquella cabeza encantadora, más le quemaba el corazón con una inmensa piedad el recuerdo de las lágrimas que había visto correr por sus delicadas mejillas. Ahora veía en detalle aquellas facciones cuya finura había admirado á primera vista, y las encontraba aún más suaves y más finas, y más sedoso el matiz de su cabello rubio, y más noble el corte de la frente, y la línea de la nariz más delicada, y más encantadora la boca, con unos labios como replegados que formaban en la comisura un hoyo de expresión casi amarga, y más enloquecedora la profundidad azul de los ojos que las lágrimas habían velado, y más fresco y más transparente aquel cutis, cuya palidez estaba teñida de un tierno color rosa por la sufusión de una sangre joven. Su traje, de tafetán malva, apenas escotado, dejaba libre el cuello de un modelo todavía delgado, pero flexible, y todos los movimientos de la joven estaban impregnados de esa misteriosa elegancia que da á todos los ademanes una distinción innata. Enfrente de ella, el hombre á quien estaba destinada aquella flor de aristocracia mostraba una fisonomía, un cuello, unas actitudes y un modo de respirar, de estar, de comer, de mirar, irremediable y desastrosamente ordinario. Era un muchacho ya bastante grueso y pesado, del que no se podía decir que fuese feo, pues tenía una cara bastante regular y cierto aire de salud y de fuerza. Pero su vulgaridad era tan desagradable y tan visible, que hubiera resultado odiosa aun para alguien más imparcial que lo era ya Felipe. La herencia campesina se reconocía en los menores ademanes de aquel individuo, confeccionado evidentemente con la más burda de las telas humanas. Sus anchos pies estaban apoyados en el suelo de un modo grosero, deformando unos zapatos de etiqueta, y sus manos velludas sostenían brutalmente el cuchillo y el tenedor. La grosería exterior de aquel plebeyo envuelto en un frac, ¿estaba en relación con la grosería interior? Felipe debía saber más tarde que sí y debía conocer también qué martirio de abnegación filial representaba el consentimiento de la hija de Monterán en ese matrimonio. Era una historia muy trágica y

muy sencilla al mismo tiempo: los Monterán se habían arruinado y daban su hija á un palurdo rico, atraído sin duda hacia aquella niña por su misma antítesis con ella, ó por la vanidad de unir su vulgaridad á una familia de auténtica nobleza; y la hija de Monterán aceptaba ese matrimonio porque sabía que sus padres estaban sin recursos y que siendo ella rica podría ayudarles, pagar sus deudas y facilitarles la vida. Ese drama de familia se dibujó entero en la mente de Andiguier sin más que comparar los dos jóvenes y recordar el grito de la prometida cuando se veía sola; aquel «¡Ah! ¡Dios mío!» en el que latía una sublevación tan violenta de todo su ser, ¿contra qué era sino contra su boda? Felipe conocía á Monterán hacía mucho tiempo, y aunque nunca le había tratado fuera de la oficina, sabía por sus compañeros sus costumbres de lujo, de disipación y de juego. Esto fué lo bastante para ponerle sobre la pista de la verdad, y más al oír los discursos que aquel padre inconsciente le dirigió después de comer, cuando se cogió de su brazo y empezó á hacer el elogio de su futuro yerno. Los dos antiguos compañeros se estaban paseando por la terraza á orilla del lago, y Felipe podía ver, al levantar la cabeza, la ventana del cuarto en que la hija de su interlocutor sollozaba hora y media antes. Al volverse, la veía á ella misma envuelta en una mantilla blanca, entre su madre y su prometido, mirando la vasta superficie del agua palpitante dulcemente bajo las estrellas.

— Sí, mi querido Andiguier, decía Monterán, estoy muy contento con ese matrimonio. En nuestra carrera nadie se hace rico, como usted sabe; al menos yo. Usted era rico por sí mismo y ha vivido siempre como un santo, sin vicios y sin esas virtudes que cuestan más que los vicios, una casa que mantener y una mujer y una hija que presentar en sociedad... Usted gasta en su museo..., ya lo sé... Pero ese es un empleo de fondos al ciento por ciento para el que es entendido como usted... Y después yo no tengo suerte. Ya sabe usted lo que á mí me gustaba el imperio. Cuando le vi declarar la guerra, en julio, creí que estaba preparado y jugué al alza contando con la victoria... Esta creencia me ha costado cara, como á tantos otros, aunque no á todos... Ahí tiene usted los Duvernay, Alberto y su padre; esos han duplicado su fortuna, que era ya enorme. Tienen en el Norte grandes fábricas de paños, y no puede usted figurarse lo que han ganado con los abastecimientos militares, ni lo que están ganando todos los días. Su casa es la que va á renovar todo el vestuario del ejército... Antonieta va á tener una posición magnífica y además un marido que está loco por ella y hará todo lo que ella quiera... ¡Ah! Bien lo merece. No es porque sea mi hija, pero esta niña es un ángel... Su felicidad está asegurada. Mi pobre mujer y yo pasaremos al menos una vejez tranquila con lo que nos queda. Acaso también, ahora que no tengo que ir al Tribunal de Cuentas, me ocuparé en ayudar á mi yerno... Un negocio enorme como el suyo es una verdadera administración y en el Tribunal sabíamos algo de eso... Usted sobre todo, Andiguier. ¡Lo que ha trabajado usted en aquella casa!..

¡Qué claro y qué preciso quedó el recuerdo de aquel día en la memoria de Felipe! ¡Cómo reproducía en su mente los menores detalles, con una frescura de impresión intacta, siempre que se refugiaba con el pensamiento en aquel comienzo de su devoción por su Antonieta! «¡Su Antonieta!» Así la llamaba en su corazón, aunque nunca había sido suya y á pesar de que ya entonces estaba prometida á otro... Y en seguida las imágenes afluían y se mezclaban, como habían afluído y mezcládose las emociones durante los días que siguieron á aquella primera velada. Ante la intensidad de aquella revolución íntima, había tenido que confesarse con espanto que amaba á Antonieta, sin esperanza de ser amado por ella, puesto que le doblaba la edad, sin esperanza siquiera de impedir aquella boda que ella aceptaba como un sacrificio. Las pruebas de que esta intuición no había sido engañosa no hicieron más que multiplicarse, durante la semana que pasó al lado suyo, contra toda razón; pues así como le fué imposible, después de sorprender las lágrimas de la joven, no bajar al comedor para verla, tampoco pudo abandonar el hotel de Este hasta que ella partió, siendo así que hubiera debido huir á toda costa. En vez de esto, se recordaba bajando todos los días á la terraza y al jardín con la idea de encontrarla, á ella ó á cualquiera de los suyos, para sufrir luego las confidencias de Monterán ó la charla de su mujer. Cada una de esas conversaciones confirmaba en Felipe la evidencia de que la deliciosa joven se inmolaba al egoísmo de sus padres. No había hablado el padre diez minutos, cuando una alusión á los negocios de Bolsa revelaba al especulador poseído por la locura del juego. En cuanto á la madre, los detalles de su

elegancia, el cuidado que ponía en adornar los restos ajados de su belleza, su constante recuerdo de las insignificantes ó escandalosas anécdotas de la crónica parisiense, su conocimiento profundo de las figuras del gran mundo, de su fortuna y de sus parentescos, todo revelaba en ella un afán no menos dominante, el de la sociedad. El pensamiento de aquellos dos seres oscilaba invariablemente entre estos dos polos: el dinero y las relaciones. Su historia era tan vulgar como siniestra. Se habían arruinado para sostenerse en un rango social que exige mucho dinero y porque la tentación de aumentar su fortuna con golpes de alza y de baja era demasiado grande para un hombre colocado, como Monterán, en el confín de la banca y de la política. ¿En qué condiciones había sabido la joven esa ruina? ¿La había adivinado por sí misma, ó sus padres se la habían revelado para decidirla á aquel matrimonio? Este fué un enigma que Felipe no pudo nunca descifrar. Cuando andando el tiempo Antonieta llegó á ser su amiga íntima, le confesó que había consentido en casarse con Duvernay para reparar, en lo que de ella dependía, las imprudencias de los suyos y asegurar una posición á la vejez de sus padres. Pero nunca dejó escapar una sola palabra que pudiera indicar que le hubieran pedido aquel sacrificio. Uno de los rasgos característicos de aquella naturaleza debía ser siempre el silencio acerca de sus emociones profundas, y muy joven aún, en aquel período de su vida en que la encontró Andiguier tenía ya esa dominación absoluta sobre ella misma, oculta bajo unas maneras tan graciosas que se la podía tratar mucho tiempo sin sospechar los estremecimientos de su sensibilidad apasionada. Para Felipe, testigo por azar de una crisis de esa sensibilidad, aquella semana de intimidad se pasó entera buscando en las profundidades de aquellos ojos azules, siempre tranquilos, las huellas del llanto que ciertamente seguían vertiendo; en aquella sonrisa, de una amabilidad tan indiferente, el gesto de la rebelión; en aquella voz, tan dulce y tan igual, el eco de una queja, y no encontrando nada de esto. Parecería que había soñado, que la escena del balcón no había ocurrido, que nunca había sorprendido á aquella boca gritando de dolor, á aquellos ojos inundados de lágrimas y á aquel seno agitado por los sollozos, si la palidez creciente de sus mejillas demacradas no hubiera revelado, para un observador advertido como él, el sufrimiento interior, y sobre todo si no hubiera sentido cerca de ella ese indefinible no sé qué que flota entre un hombre y una mujer que tienen un secreto común.

Todas las mujeres obran lo mismo en esas circunstancias. Empiezan por desconfiar del hombre que ha sorprendido lo que ellas querían ocultar. Aun después de que han adquirido la certeza de que no hablará, procuran que no convierta en un derecho su discreción y que no se permita con ellas más familiaridad que la que llevan consigo sus relaciones oficiales, y sobre todo, que no les pregunte, que no toque á las cuestiones reservadas y á veces dolorosas de su vida íntima. Pero si observan, por el contrario, en aquel hombre el deseo de alcanzar el perdón de su descubrimiento, el miedo de herir á la que tienen á su merced y casi el remordimiento de poder hacerlo, entonces se produce en las mujeres, cuando son delicadas, uno de esos hermosos movimientos del corazón que resultan del convencimiento de haber sido comprendidas, una especie de impulso de agradecimiento muy cercano de la amistad. Felipe pudo al menos seguir en los ojos, en la voz, en todos los ademanes de Antonieta, esa evolución de la desconfianza, casi del rencor, hacia una tierna gratitud; y ese sentimiento de un progreso silencioso, pero seguro, en la simpatía de la joven, fué la poesía inolvidable de aquellos ocho días y también el atractivo que acabó de enamorarle perdidamente. Andiguier recordaba cuánto le había turbado en las primeras cuarenta y ocho horas de aquella extraña semana la visible resolución que la joven tenía de no dejarle aproximarse á ella. Sin volver los ojos á otro lado, sin parecer irritada contra él, tenía un modo de no verle y de no escucharle que le hizo adoptar más de veinte veces la resolución de marcharse en el primer tren.

Por una frase incidental del padre, supo que Antonieta había pedido cambiar de cuarto. «Lo tengo merecido», pensó Felipe al saber aquella afrenta. ¡Con qué asombro observó después que aquella actitud hostil se modificaba, como si la joven le agradeciese algo! ¡Con qué emoción y con qué interés había empezado á hablar un poco con ella, entre varias personas primero y á solas después, una tarde en que fueron todos á visitar una quinta al otro lado del lago!

(Continuará)

LAS CRIPTAS CRUCIFORMES

DE LAS INMEDIACIONES DE MITLA (MÉJICO)

Hace algunos años el sabio naturalista agregado al Museo de Nueva York, Mr. Niven, hizo importantes descubrimientos á 40 millas de Chipalcingo, ca-

modo asilo la hacienda de San Quiro, desde la cual puede admirar el palacio de las columnas que se mantiene todavía de pie en su solitaria grandeza (1).

Más allá, álzase la colina de Guiaroo (2), en donde se encuentran las primeras criptas cruciformes, cuya existencia señalaba ya en 1806 Duplax, quien pudo penetrar, después de grandes esfuerzos, en una de

conducidos allí desde la cima de la montaña á fuerza de brazos y colocados por medio de hoyos fáciles de reconocer todavía. Las canteras de donde esos bloques se extrajeron aún existen, y en ellas se encuentran otros bloques análogos, casi escuadrados unos, otros en bruto, apenas arrancados de los flancos de la roca y destinados todos indudablemente á templos ó palacios cuya construcción interrumpieron la guerra ó la invasión. En el interior de la cripta, estas piedras están cubiertas de arabescos, de mosaicos artísticamente esculpidos y de un espesor medio de tres cuartos de pulgada (fig. 2), en los cuales fácilmente se reconocen las grecas á que nuestros ojos están acostumbrados y se descubre con un poco de buena voluntad hasta el misterioso *svastika*. Realmente es extraño encontrar en las orillas del Pacífico, en regiones desconocidas, los recuerdos del arte griego ó de la antigua civilización aria: consignamos el hecho sin buscar su explicación, pues las relaciones entre razas tan diferentes, entre pueblos tan distantes unos de otros, caso de que hayan existido, permanecen aún envueltas en el misterio más profundo. Las paredes estaban probablemente pintadas, y así parece indicarlo un fragmento que se ha encontrado con una ligera capa de cemento pintado de rojo; el suelo no estaba cubierto de una capa de cemento, como lo estaba en las otras criptas. Supónese que el monumento no fué terminado.

Toda la ornamentación es notable por su profusión y por su riqueza, y pertenece al mismo estilo que la que se ve en el palacio del gobernador en Uxmal y en las salas del palacio de las columnas de Mitla (4), lo cual significa una aproximación de tiempos y de hombres que no debe echarse en olvido.

Llegábase á una de estas criptas por un agujero cuadrado practicado en la base misma del monumento; encima alzábanse algunas galerías que formaban un vasto cuadrilátero (fig. 3). Estas criptas presentan el mismo género de construcción y de decoración que los demás monumentos de Mitla y deben datar de la misma época que éstos. La cruz, en sus más diversas formas, se encuentra en muchos puntos de la América central. Grijalva, al desembarcar en 1518 en la costa de Yucatán, quedó singularmente sor-

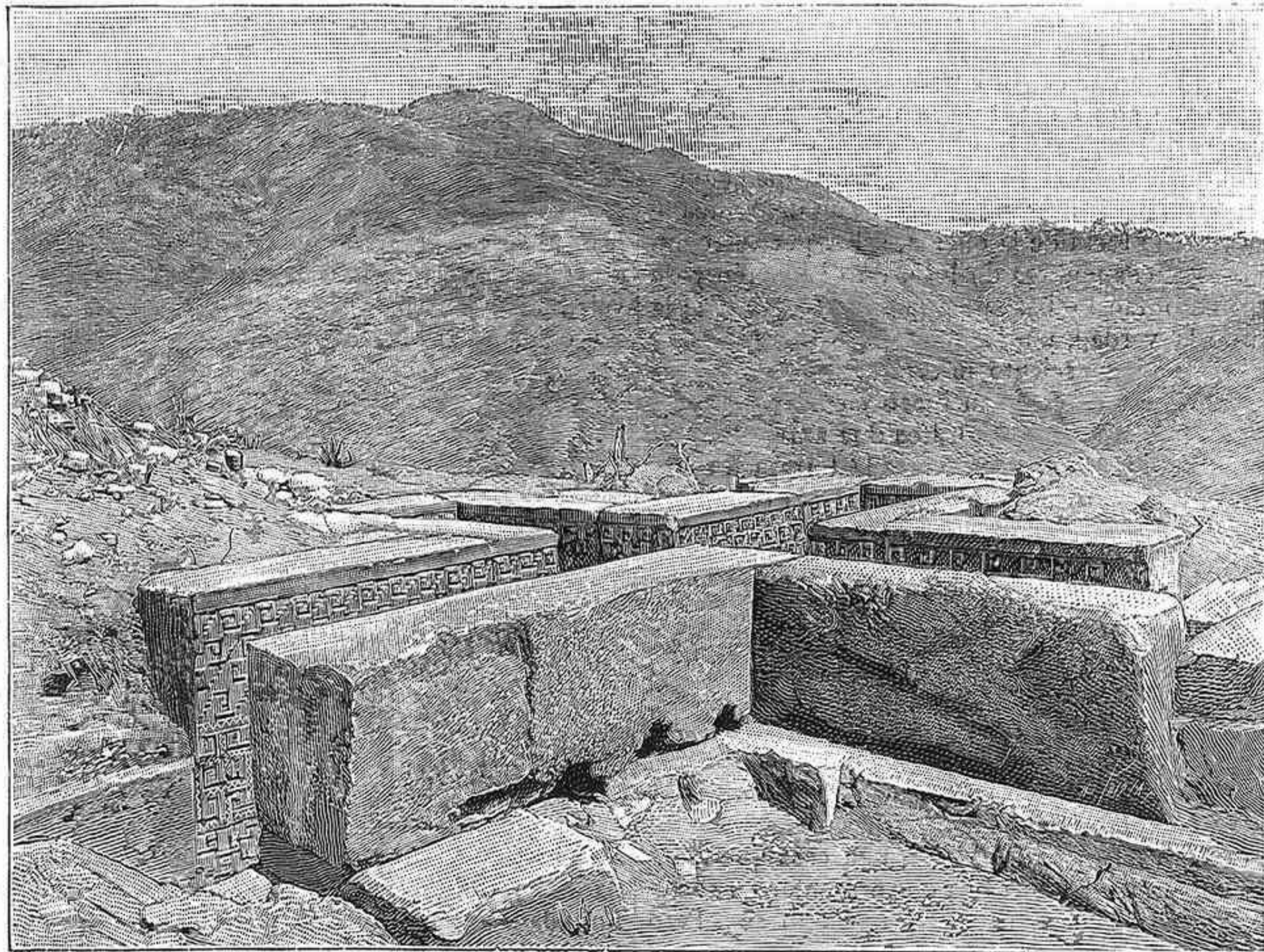


Fig. 1. - Cripta cruciforme de Guiaroo completamente escombrada

pital del estado Guerrero (Méjico), en donde, en medio de un desierto, en el límite de las tierras cálidas, elevábase una ciudad considerable. Hasta donde alcanzaba la vista veíanse multitud de *munds* ó mogotes, templos, palacios derruidos, montones de escombros de toda clase que anunciaban un centro importante y una población numerosa. En la actualidad, en el estado de Oajaca, otro naturalista distinguido, M. Saville, prosigue sus exploraciones con resultados no menos notables. ¿Quiénes eran aquellos constructores? ¿Cuáles aquellos imperios desaparecidos sin dejar el secreto de su origen ni las causas de su ruina y comparables con aquellos grandes imperios de Oriente que en nuestros días se logra reconstruir á fuerza de trabajo y de erudición? ¿A qué raza pertenecieron? El misterio que les rodea aumenta el interés de su historia. Por esta razón hemos escogido entre los descubrimientos de M. Saville, todavía desconocidos en Europa, uno más curioso tal vez que los demás para presentarlo á nuestros lectores.

Nuestra brillante civilización penetra por todas partes en ese pasado de innumerables siglos. Un ferrocarril conduce rápidamente al explorador, al través de los paisajes más grandiosos y de los cañones más abruptos, hasta Oajaca; un camino carretero en bastante mal estado y de unas 30 millas de extensión le lleva á Mitla, en donde le ofrece el más có-

ellas apartando las malezas y las piedras que obstruían su entrada. Formaba dicha cripta cuatro cámaras que medían 29 pies y 9 pulgadas de Este á Oeste y unos 24 pies de Norte á Sur; sus paredes

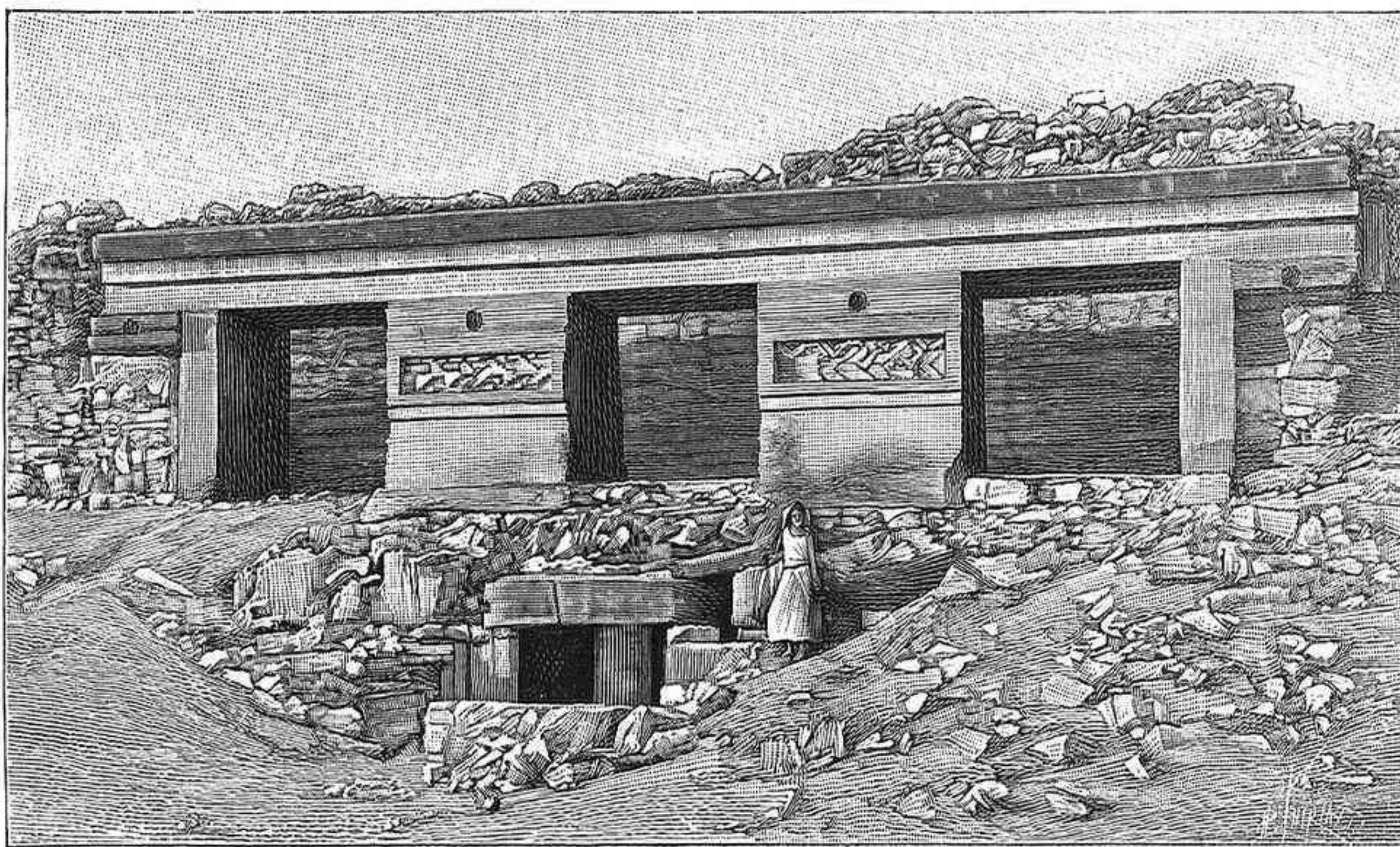


Fig. 3. - Cripta cruciforme de Guiaroo. Vista de la entrada

estaban construídas con piedras bastante pequeñas sostenidas en los esconces por otras piedras mayores, y aparecían revestidas de una capa de cemento pintado de rojo en su parte inferior y con su color natural en la superior (3). Ninguna reliquia, ningún vestigio del hombre revelaban allí la presencia de éste. Los restos frescos de un cabrito atestiguaban el antro de un leopardo, único habitante de la región.

En esa misma colina de Guiaroo, en medio de innumerables ruinas y á unos cien pies de la base, M. Saville ha descubierto la más notable de estas construcciones, hoy completamente escombrada, lo que permite formarse mejor idea de la misma (fig. 1). Las paredes están construídas con inmensos bloques de piedra dispuestos en orden regular, que habían sido

preñado al ver que el signo venerado de los cristianos dominaba en los templos de los indígenas; y la tableta de la cruz de Palenque ha alcanzado gran celebridad. Pero la cruz en el nuevo mundo no tiene relación alguna con el cristianismo, sino que era el símbolo del Tlaloc, dios de la lluvia, haciéndose remontar su origen á Quetzacoatl, el héroe divinizado (5): dice la crónica que éste arrojó un día una flecha contra un árbol llamado pochotl (6); la flecha lo atravesó de parte á parte, formando de esta suerte la primera cruz.

Las excavaciones practicadas en esas criptas cruciformes no han puesto al descubierto huesos humanos ni vestigios de hombre. Todo recuerdo de los antiguos habitantes de aquel país ha desaparecido; las diversas tribus indias lo han saqueado y destruído, y únicamente puede citarse el reciente descubrimiento hecho cerca de Zoaga, de un escondrijo que contiene 120 pequeños instrumentos de cobre, en los cuales se ha querido ver la antigua moneda de la comarca.

M. DE NADAILLAC.

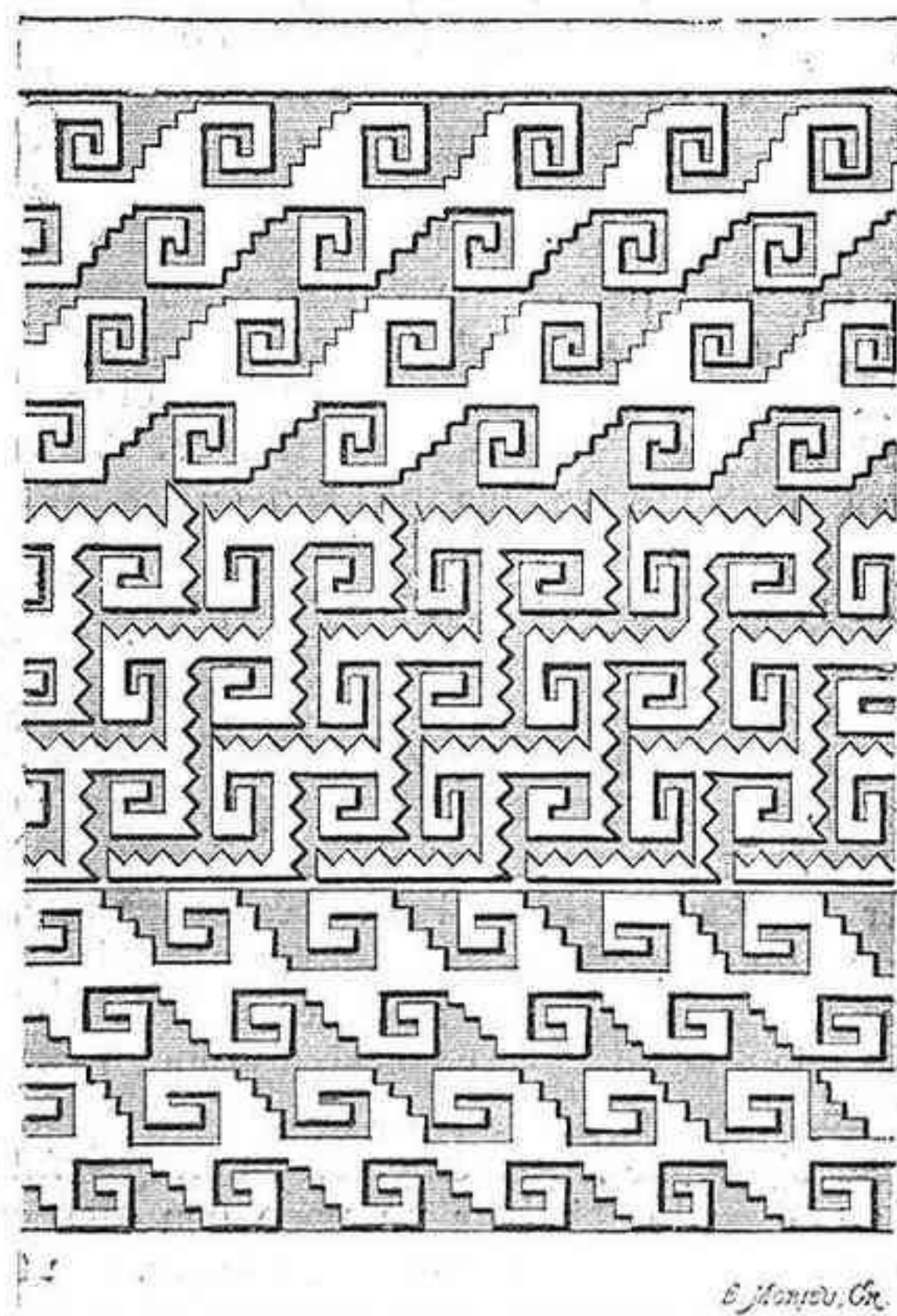


Fig. 2. - Mosaico que forma el revestimiento de todas las paredes de la cripta subterránea

(1) H. Holmes. *Archeological Studies among the ancient Cities of Mexico.* - *Journ. of the Anth. Inst. of Great Britain*, 1899. Me entero con satisfacción de que el gobierno de Méjico ha ordenado recientemente que se levante una empalizada alrededor del templo y que éste no pueda ser visitado sin la presencia de un inspector. Este es el único medio de poner término al vandalismo de los exploradores.

(2) Guiaroo es un antiguo nombre zapoteca que significa montaña elevada.

(3) Dícese que estas criptas eran las tumbas de los sumos sacerdotes, pero ningún hecho confirma esta hipótesis.

(4) No se conocen otros ejemplares en la América central.

(5) Sahagún, lib. III, c. XIV.

(6) *Bombax ceiba*.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

CRUZEZAS, por *Cayetano Treviño*. - Hay en esta colección de poesías composiciones de varios géneros, en todas las cuales se ve que el autor, tanto como de la forma se ha preocupado del fondo, poniendo en cada una de ellas una idea clara, original, sencilla, revestida de una versificación sobria y armoniosa. El libro lleva un prólogo del Dr. D. Manuel R. Abella, ha sido impreso en Gijón en la imprenta del Comercio y se vende á una peseta.

CONFLICTOS INTERNACIONALES DEL SIGLO XIX, por *Joaquín Fernández Prada*. - Forma parte este libro de la colección de manuales que con tanto éxito publica en esta ciudad el conocido editor D. Juan Gili, y en él se estudian aquellos conflictos internacionales que durante el siglo pasado han surgido en las naciones europeas y que por su importancia especial interesa á toda persona culta conocer. El ilustrado catedrático de la Universidad Central Sr. Fernández Prada trata el asunto con gran imparcialidad, y no se limita á la simple exposición de hechos, sino que formula acerca de ellos observaciones y deducciones atinadísimas que demuestran su gran caudal de conocimientos en punto á historia y filosofía de la historia.

PRIMERA MEMORIA DEL DIRECTOR GENERAL DEL REGISTRO CIVIL DE LA PROVINCIA DE SANTA FE Sr. *Ulises R. Mosset*. Año 1899. - Contiene esta memoria datos interesantes y completísimos acerca de todo lo referente á nacimientos, matrimonios y defunciones en la provincia de Santa Fe (República Argentina), perfectamente clasificados según un método lógico y claro. Para dar idea de la importancia que ha adquirido el Registro Civil en la referida provincia, bastará decir que en un año se han montado allí 130 oficinas. Esta memoria ha merecido los honores de la publicación oficial y ha sido impresa en Santa Fe en la imprenta «El Progreso.»

FISIOLOGÍA DEL MATRIMONIO. - LA INVESTIGACIÓN DE LO ABSOLUTO. JESUCRISTO EN FLANDES. MELMOTH RECONCILIADO. LA OBRA MAESTRA DESCONOCIDA, por *H. de Balzac*. - La biblioteca económica de obras del eminente novelista francés que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Luis Tasso, se ha aumentado con dos nuevos volúmenes, de los cuales uno contiene la famosísima *Fisiología del Matrimonio* y otro las cuatro interesantes narraciones antes mencionadas. Inneceario es alabar estas producciones; el nombre de su autor, de celebridad universal, es su mejor elogio. Únicamente diremos que la traducción está castiza y cuidadosamente hecha por los Sres. García Bravo y Aranda y San Juan. Véndense á una peseta cada tomo.

NAUFRAGIOS, por *César Porto*. - El autor de esta novela portuguesa ha perseguido en ella un fin sociológico y filosófico presentando un cuadro acabado de la vida de la clase media de su país y haciendo que en la obra literaria luchan las pasiones tal como luchan en la realidad de la existencia. El argumento es interesante, los tipos están bien estudiados, la acción se desarrolla naturalmente marchando hacia un desenlace lógico y la forma literaria del libro corre parejas con la valía del fondo. *Naufragios*, impreso en Lisboa en la Minerva Peninsular, se vende á 800 reis.

ESTUDIOS FILOSÓFICOS Y SOCIALES. - SOCIOLOGÍA Y CIENCIA ECONÓMICA. - ECONOMÍA Y POLÍTICA COLONIAL, por *Enrique Piccione*. - Con estos títulos se han publicado en Chile varias conferencias dadas en distintas poblaciones chilenas y en Buenos Aires por el distinguido y erudito historiador y sociólogo italiano Sr. Piccione, quien ha tratado en ellas de los más importantes problemas de economía, sociología, pedagogía, política, filosofía é historia, con gran altura de miras y copioso caudal de conocimientos, presentándolos además en brillante forma que le acredita de orador y escritor consumado. Los *Estudios filosóficos y sociales* forman dos volúmenes impresos en Santiago de Chile, en la imprenta «Patria»; *Sociología y Ciencia Económica y Economía y Política Colonial* constituyen otro volumen impreso en Talca.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

VINO AROUD
CARNE - QUINA
MEDICAMENTO - ALIMENTO
El más poderoso **REGENERADOR**
Prescrito por los Médicos
Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.
102, Rue Richelieu, PARIS
EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES & Co. 81 St-Denis

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa



26 Diplomas de Honor.
31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídase en todas las Droguerías y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

PÍLDORAS DEFRESNE
A LA PANCREATINA
Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los feculentos. La PANCREATINA DEFRESNE proviene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALS.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias, Jaqueca, Ciática.
CLIN y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.
650

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
SOBERANO CONTRA CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Crepúsculo, cuadro de Modesto Urgell. (Salón París.)

Reproducción autorizada

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APOL DE LOS JORET HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, REÍARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165 -
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París, - 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 en BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Laetato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en injeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

CREME DE LA MECQUE DUSSE MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENÉFICA
 Da al cutis la blancura nacarada del marfil.
 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
 Se vende en las principales Perfumerias, Barberias y Bazares.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN